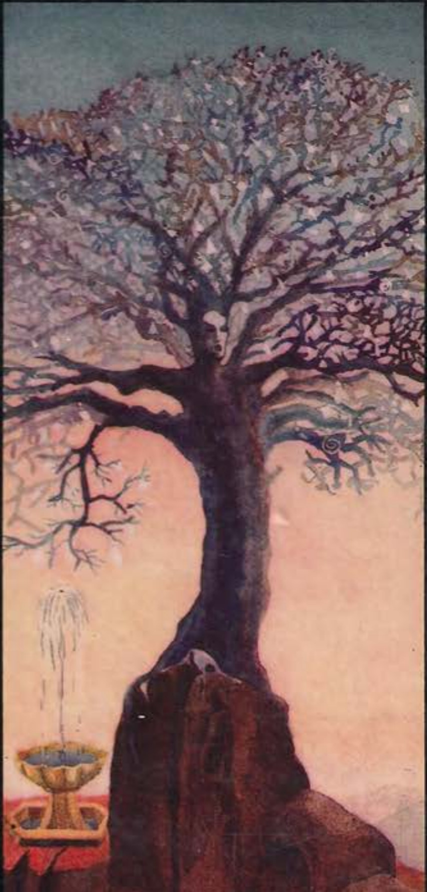
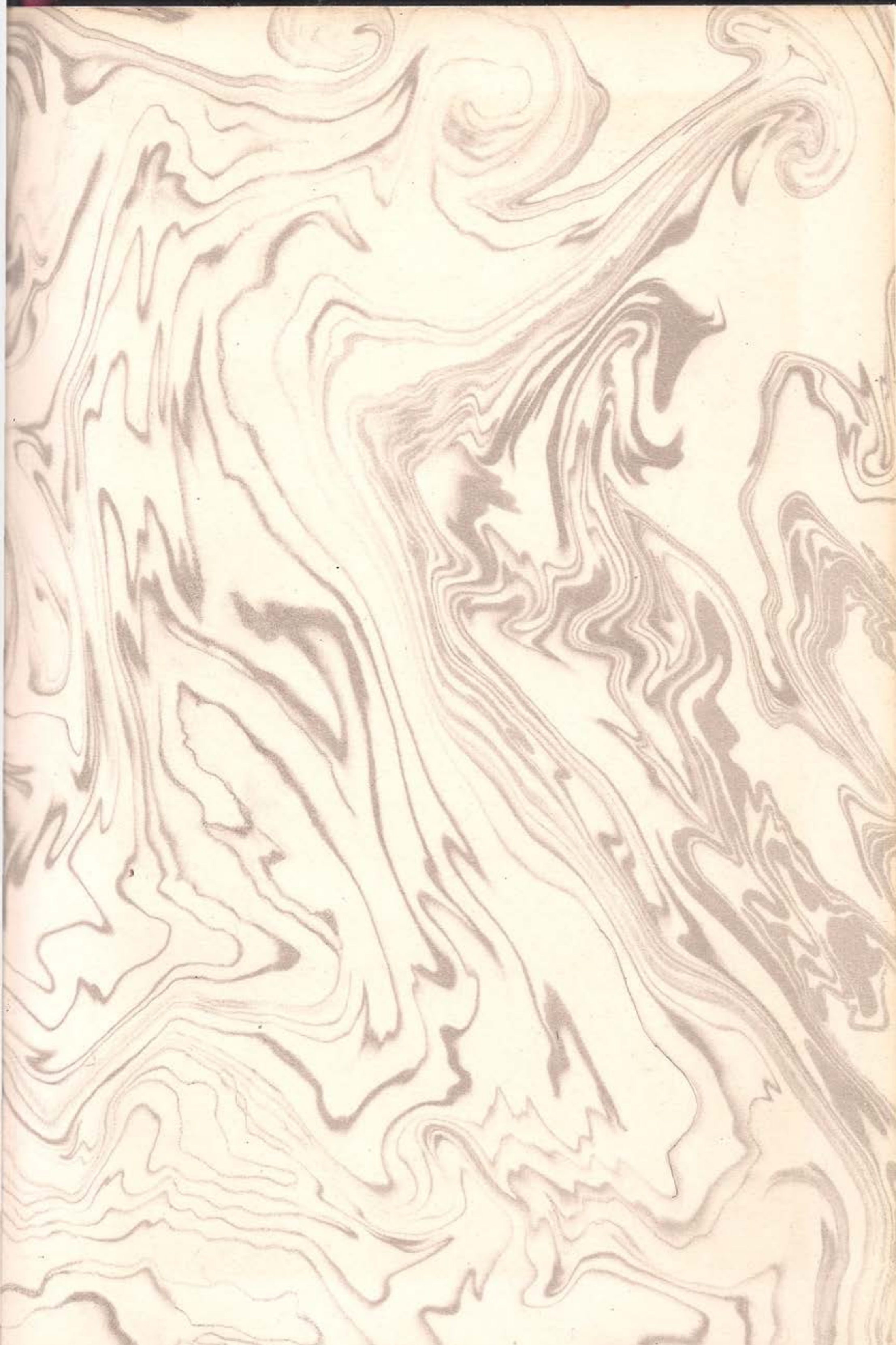
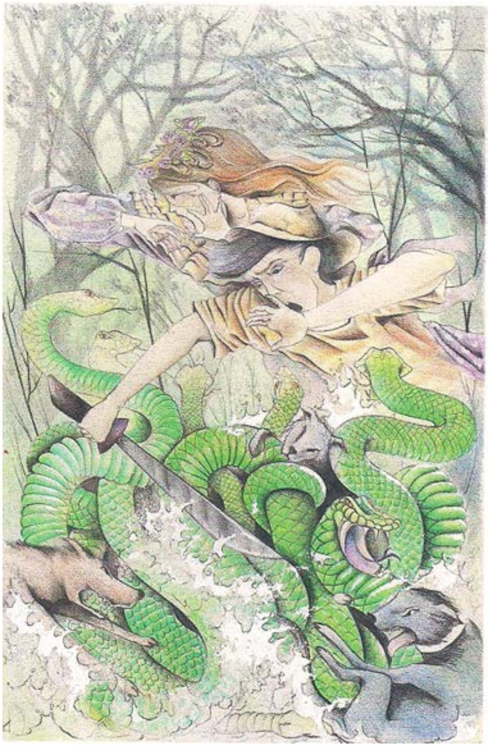
Once Cuentos Maravillosos



Ediciones Ekaré - Banco del Libro



Once Cuentos Maravillosos

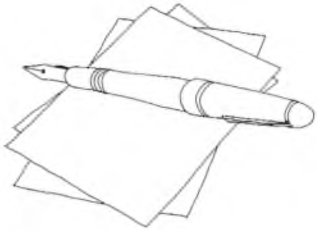


Ediciones Ekaré - Banco del Libro

Este libro contó con el aporte
del Fondo para la Edición de Libros
Infantiles y Juveniles
del Instituto Autónomo Biblioteca Nacional

Edición a cargo de Carmen Diana Dearden
Dirección de arte: Irene Savino

Avenida Luis Roche, Altamira Sur
Caracas, Venezuela



Versiones de:

Pilar Almoina de Carrera

Pascuala Corona

Carmen Heny

Rafael Olivares Figueroa

Rafael Rivero Oramas

Margot Silva



con ilustraciones de:

María Fernanda Oliver

Heinz Rose

Irene Savino

Tabla de Contenido

Introducción 8

Juan Cenizo 11

La Muchacha y el Pez 19

Las Tripitas 23

Blancaflor 31

El Enano Gurrupié 41

La Maceta de Albahaca 49

María Tolete 55

El Pájaro Grifo 61

Onza, Tigre y León 69

El Pájaro que habla,
el Arbol que canta y
la Fuente de Oro 77

Tun, Tun, Tun,
cayó en mi saco 89

Acerca de los autores 94

Introducción

Los cuentos populares han sido, tradicionalmente, los mas sabrosos de escuchar y de contar, pues expresan los más profundos anhelos, sueños, esperanzas e idiosincracias de los pueblos. Se han hilado a través de los siglos y tienen una integridad, profundidad y misterio que nos toca íntimamente y trasciende barreras sociales y fronteras geográficas.

El cuento folklórico es universal. Sus versiones se han diseminado por años de la China a Europa, del Viejo al Nuevo mundo; de las aldeas de Africa a las cortes de los reyes, de los bosques amazónicos a las congestionadas ciudades. Como dice Stith Thompson en su libro ***El Cuento Folklórico****, "...los cuentos sobre el presente y el misterioso pasado; de animales, dioses y héroes; de hombres y mujeres comunes mantienen a la gente hechizada o enriquecen la conversación cotidiana. El sacerdote y el sabio, el campesino y el artesano, a todos los une el amor por un buen cuento y honran a quien lo cuenta bien".*

Los once cuentos de esta antología son las versiones criollas de relatos de diversas partes del mundo, heredados de generación en generación hasta llegar a América Latina y Venezuela.

María Tolete *es una versión tropical de* ***La Cenicienta****, donde ha desaparecido el hada madrina, pero se mantiene el motivo apasionante de la desconocida en el baile.*

Juan Cenizo *es la historia mil veces repetida del hermano menor que hace las cosas mejor que sus hermanos mayores. Es casi idéntico en su estructura a* ***El Barco Volador****, un cuento popular ruso donde aparecen, el hombre veloz, el gran comedor, el gran bebedor y el extraordinario cazador.*

En ***La Muchacha y el Pez*** *hay un pez que sale cada vez que lo llaman, un motivo similar al del* ***Pescador y su mujer****, sólo que el desarrollo es completamente diferente: en el cuento venezolano se trata de un primer amor frustrado por los padres y no la historia de la codicia desmesurada.*

Existe una versión española de ***Blancaflor****, con el mismo nombre, muy parecida al cuento de este libro. En ambos, la heroína usa sus dotes mágicas con desparpajo para resolver los problemas que se le presentan al hombre que le gusta.*

Las Tripitas *repite el motivo de la muchacha bondadosa y la malvada que reciben, una, un premio y la otra, un castigo por su conducta. En el cuento recopilado por los hermanos Grimm la malvada echa sapos y culebras por la boca; en el cuento venezolano, le sale un moco de pavo en la frente.*

El Pájaro Grifo *se relaciona con el cuento alemán del mismo nombre y con* ***Los Tres Pelos del Diablo****, donde el héroe debe llevar a cabo la difícil empresa de quitarle tres pelos al diablo o tres plumas al pájaro grifo para poder casarse con la hija del rey.*

El Enano Gurrupié *no es otro que el sastrecillo valiente engañando al gigante con la picardía y la astucia de un Pedro Rimales.*

Onza, Tigre y León *es una versión venezolana de* ***Hansel y Gretel*** *donde no hay casita de chocolate sino una vieja tuerta friendo tajadas y carne. En la versión venezolana aparece un segundo episodio con el motivo del cazador de dragones, cuyo origen más remoto está en la leyenda griega de Perseo.*

En ***La Maceta de Albahaca*** *encontramos a la plebeya que compite en ingenio con el rey y logra vencerlo.*

En ***Tun Tun cayó en mi saco****, el pequeño héroe, José Roderico, utiliza el viejo truco de Pulgarcito para engañar a la bruja: cambia los pañuelos que la bruja ha atado a la cabeza de sus hijas, y así salva a sus amigos.*

Existe una versión en España muy parecida a esta de ***El Pájaro que habla, el Arbol que canta y la Fuente de Oro****, que tiene el motivo recurrente y milenario de los niños botados al río, recogidos por campesinos y unidos al final con su padre, el rey, quien ha mantenido a la reina enjaulada por años. En esta versión es la hermana menor la que triunfa y salva a sus hermanos. Ha dejado, en muchas niñas que lo oyeron, la convicción del poder de la mujer.*

Todos ellos tienen dos cosas en común: el humor criollo reflejado particularmente en la chispa del lenguaje; y que han sido narrados por personas para quienes un cuento es parte de su vida cotidiana, parte de la cobija con que arropan a sus hijos todas las noches porque como dijo Lewis Carroll, los cuentos son regalos de amor.

Carmen Diana Dearden

Juan Cenizo

Versión de Pilar Almoina de Carrera
con ilustraciones de Irene Savino

HABIA UNA vez una señora que tenía tres hijos. Dos eran muy avispados y uno, que se llamaba Juan Cenizo, tenía fama de tonto.

Y había también un rey que dijo que quien le hiciera un barco que caminara por agua y por tierra tenía derecho a casarse con su hija.

Al saber esto, el mayor de los tres hermanos dijo:

–Yo se lo voy a construir, para casarme con la princesa.

Y le pidió a la mamá que le hiciera el avío y la comida para el viaje. La mamá le dio una torta muy bien preparada y lo despidió en la puerta de la casa.

El mayor de los tres hermanos se fue a la montaña a tumbar palos; pero, cuando iba a pasar un río, se encontró con una señora que llevaba un niñito cargado y quien le pidió que la ayudara a pasar al muchachito. Entonces el joven le respondió:

–Yo no la mandé a que tuviera ese niño.

Y pasó, negándose a hacer el bien que le pedía aquella señora. Llegó a la montaña, tumbó un palo y se puso a cuadrarlo. En eso

llegó un viejito y le preguntó:

–¿Qué haces ahí, buen joven?

Y éste le respondió:

–Trompos y cucharas.

A lo que el viejito replicó:

–Eso mismo te saldrá.

Y todo el palo, mientras él trataba de cuadrarlo, se iba convirtiendo en trompos y cucharas. Al fin, se cansó del esfuerzo inútil y se regresó a su casa, diciendo que él no podía hacer más nada.

Entonces, el otro de los hermanos avispados anunció que él sí se iba a casar con la hija del rey, porque él sí iba a hacer el barco. Y le dijo a la mamá que hiciera el avío y la comida para irse a la montaña. Y ella le preparó un bizcocho muy sabroso.

Se fue el segundo hermano y, al ir a pasar el río, se encontró con la misma señora acompañada del niño, quien le dijo:

–Hágame el favor y me pasa el niñito hasta el otro lado del río.

Pero el joven no quiso hacerlo, contestándole lo mismo que su hermano mayor. Se fue y la dejó allí sin ayudarla.

Llegó a la montaña a tumbar palos. Tumbó el primero en el momento en que llegaba el mismo viejito de la otra vez. Este le preguntó:

–¿Qué haces ahí, buen joven?

–Trompos y cucharas.

Y el viejito replicó:

–Eso mismo te saldrá.

Insistió el viejito en preguntarle qué llevaba para comer, y el

joven le contestó:

–Un bizcocho, pero es para mí solo.

Desapareció el viejito, mientras el segundo de los hermanos cuadraba y trozaba el tronco. Pero lo único que le salían eran trompos y cucharas. Hasta que el joven se aburrió de aquello y se regresó para su casa.

Entonces, dice el hermano que tenía fama de tonto, Juan Cenizo, que él sí se iba a casar con la hija del rey, porque él sí iba a hacer el barco que caminara por agua y por tierra. Y le dijo a la mamá que le preparara el avío y la comida para irse a la montaña. La mamá le dijo que si no lo habían podido hacer sus hermanos avispados, cómo iba a poderlo hacer él, que era tonto. Juan Cenizo le contestó que él se iba de todas maneras. Y al final la mamá lo que le preparó fue un gallo, que era lo único que tenía el pobre Juan Cenizo.

Al ir a pasar el río, salió la misma señora con el niño y le dijo a Juan Cenizo que le pasara al hijo. El joven tomó al muchachito con gran cuidado y lo pasó. Después hizo lo mismo con la señora.

Llegó Juan Cenizo a la montaña y se puso a tumbar un palo. En eso, llegó el viejito y le preguntó:

–¿Qué haces ahí, buen joven?

Enseguida contestó Juan Cenizo:

–Un barco que camine por agua y por tierra, para casarme con la hija del rey.

Le preguntó, entonces, el viejito si tenía qué comer. A lo que el joven respondió que traía un gallo que le había preparado su mamá, y que podían comérselo entre los dos.



Cuando terminaron de comer, le dijo el viejito que fuera a hacer el barco. Y desapareció.

Pero cuando Juan Cenizo fue a tumbar más palos, encontró el barco ya hecho. Entonces se metió en el barco y se fue al palacio del rey.

En el camino encontró a un hombre que le dijo:

–Espera, para que me lleves.

Juan Cenizo le preguntó al desconocido qué estaba haciendo ahí. Y éste le contestó que iba a comerse una fanega de maíz en una sola mascada. Se agachó y se tragó todo el montón de maíz tostado que tenía delante, de una sola vez. Después se subió al barco, con la aceptación de Juan Cenizo.

Más adelante, se encontraron a otro hombre que se estaba tomando un río de agua de un solo trago. Juan Cenizo paró el barco y le preguntó:

–¿Qué haces ahí, buen hombre?

–Tomándome este río de un solo trago.

Al momento se agachó y sorbió todo el río, de un golpe.

Juan Cenizo lo invitó a subir al barco y se lo llevó también.

Más allá llegaron donde un hombre que estaba tirando un ave que se encontraba a trescientas leguas de distancia, y le preguntó Juan Cenizo:

–¿Qué haces ahí, buen hombre?

Y éste le contestó, que estaba tirando un ave. Al momento disparó y la tumbó.

Juan Cenizo lo invitó a subir al barco y siguió viaje con el nuevo compañero.

Más adelante encontró a un hombre que estaba soplando con una de las ventanas de la nariz y con el aire tumbaba toda una montaña. Juan Cenizo le preguntó:

–¿Qué haces ahí, buen hombre?

Y éste le contestó que estaba tumbando una montaña con el soplido de una sola ventana de su nariz. Juan Cenizo le dijo que quería seguir viaje con él; que se subiera al barco. Y el hombre así lo hizo.

Cuando llegaron a casa del rey, les dijeron a los guardias que llevaban el barco que el rey quería; y los dejaron pasar. Cuando los guardias preguntaron quién había hecho el barco, los hombres señalaron a Juan Cenizo, que tenía aspecto de tonto. Lo llevaron, entonces, ante la princesa. Pero ésta, en cuanto lo vio, dijo que ella no se casaría con ese tonto tan feo. Y le insinuó a su padre que le dijera al tonto que si se comía toda la comida que ella le pusiera, se casaría con él. Y Juan Cenizo contestó que si le permitían un compañero, sí se la comía.

El rey, pensando que de todos modos era imposible cumplir aquella prueba, le dijo que bueno, que buscara uno de sus compañeros. Juan Cenizo se llevó al que se comió la fanega de maíz de una mascada; y, al momento, el hombre se comió toda la comida que le presentaron.

Al ver que toda la comida había desaparecido, la princesa agregó que sí se casaría con el tonto si se tomaba todas las bebidas que ella le pusiera. Y Juan Cenizo respondió que si le permitían un compañero, él se tomaría todo lo que ella le pusiera.

El rey, viendo que sería imposible cumplir la segunda prueba,

dijo que bueno, que podía buscar al compañero que él quisiera. Y entonces Juan Cenizo buscó al que se había sorbido el río de un solo trago. Y, al momento, sin que el joven tuviese que probar siquiera bebida alguna, se tomó toda la bebida de un sorbo.

Ante lo sucedido, la princesa inventó un nuevo requisito: aceptaría al tonto si le tumbaba de un tiro la piedra del anillo sin hacerle daño a la mano ni al anillo.

Como le aceptaron un compañero, con la venia del rey, Juan Cenizo se buscó al tirador que acertaba a trescientas leguas de distancia. Este disparó y tumbó la piedra del anillo sin que la princesa se diera cuenta siquiera.

A pesar del tercer triunfo de Juan Cenizo, la princesa insistía en que no se casaría con ese tonto. El rey le decía que debía casarse con él, ya que había salido bien de todas las pruebas que se le impusieron. Entonces ella inventó una nueva: que se casaría con él si le traía un vaso de agua de la fuente más lejana, antes de que llegara la paloma mensajera que ella iba a soltar.

Juan Cenizo consiguió que una vez más le aceptaran que se ayudase con un compañero y se buscó al que echó por tierra toda una montaña con el soplo de una de las ventanas de la nariz. El resoplido de éste fue a la fuente más lejana y trajo el vaso de agua antes de que llegara la paloma mensajera.

Entonces, el rey le dijo a su hija:

–Ahora sí tienes que casarte con él.

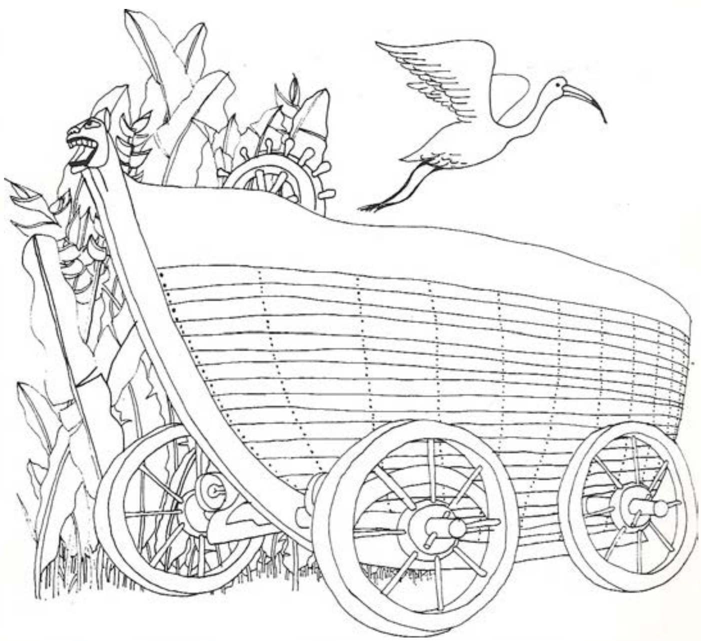
La princesa, al fin, tuvo que casarse con Juan Cenizo, y ese mismo día le pidió, que así como podía hacer tantas cosas raras que nadie era capaz de hacer, que se hiciera como los demás, que se

quitara ese aspecto de tonto y se fabricase un palacio mejor que el de su padre, el rey.

A la mañana siguiente se cumplieron sus deseos; y, sin saber cómo, Juan Cenizo dejó de parecer tonto, y ambos se hallaron en un palacio mejor que el del rey.

Los guardias, al ver esto, llamaron al rey y le dijeron que al frente había un palacio mejor que el suyo. El rey mandó al tonto la orden de que viniera donde él; y Juan Cenizo le contestó que la misma distancia había de su palacio al del rey que del palacio del rey al suyo, y que por lo tanto viniera él.

Fue el rey al palacio de Juan Cenizo, y al ver que el tonto ya no lo era, se quitó la corona y se la puso a él.



la Muchacha y el Pez

Versión de Pilar Almoina de Carrera
con ilustraciones de Heinz Rose

ESTOS ERAN dos niños, una hembra y un varón, que vivían con sus padres en un rancho. Todos los días los niños salían a buscar leña al monte.

Una vez cayó un aguacero muy fuerte, y cuando al fin escampó, los dos niños salieron como todos los días en busca de la leña que hacía falta en la casa.

La niña, mientras recogía leña, encontró un pocito donde había un pequeño pez y se quedó allí contemplándolo, mientras su hermano terminaba de recoger la leña.

Al poco rato, la niña le cantó al pez esta canción:

Con mi palanquilla, sirena, unangolá.
Y mi amiguito, sirena, ¡un pejespá!

Volvió a cantar y entonces el pez salió del agua, diciéndole:

Cayón, Cayón, llegó.

Su hermano regresó y le preguntó:

–¿Qué haces, mi hermanita?

–Aquí, mirando un pescadito con quien me voy a casar.

Se fueron los hermanos hasta el rancho y no dijeron nada a los padres.

Al día siguiente, salieron otra vez los hermanos a cortar leña. La niña le llevó migas de pan al pez, cantándole la misma canción del día anterior, y entonces el pez volvió a salir.

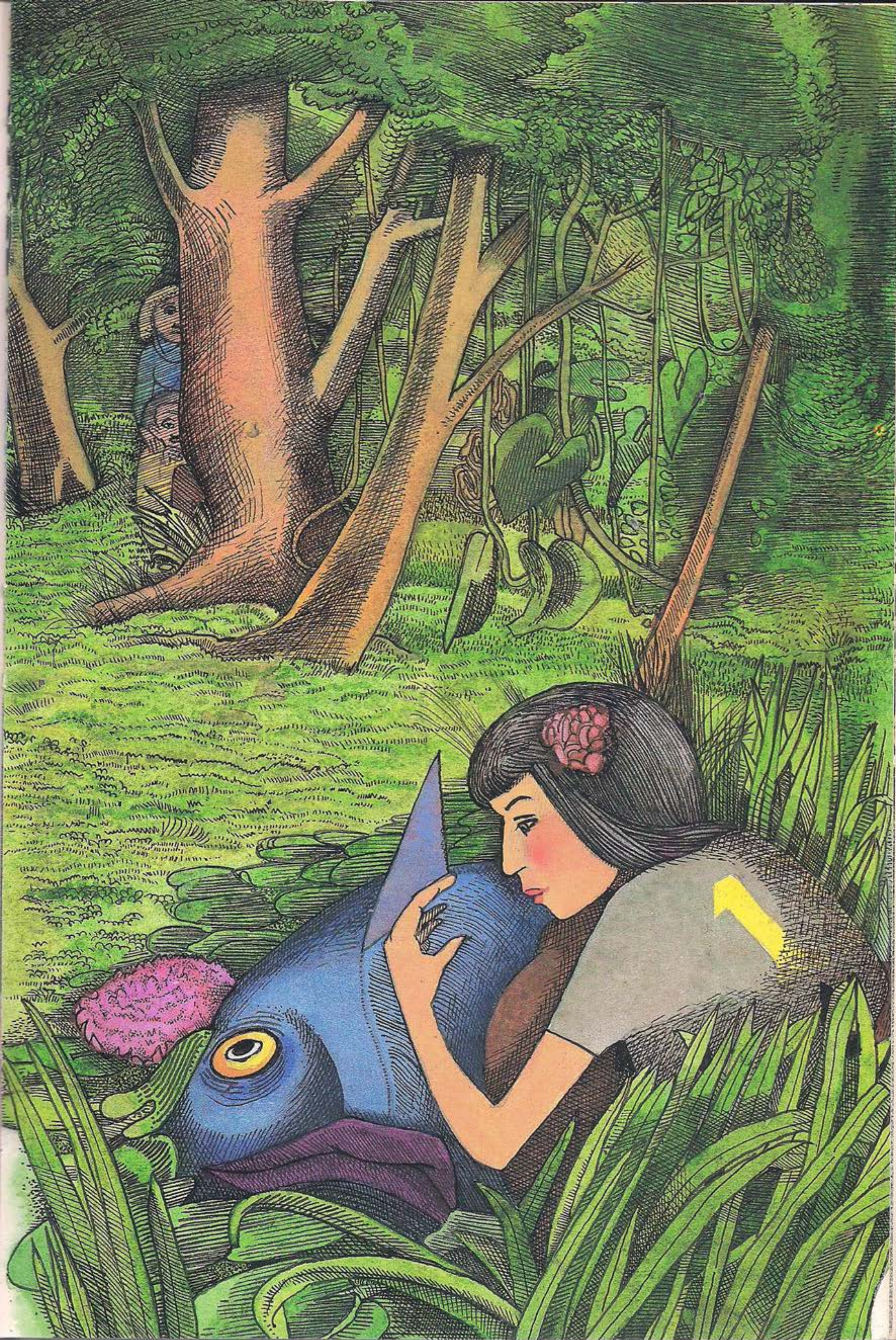
Así, pasaron los días; cada vez la niña iba a ver al pez. Con el tiempo, el pozo se fue haciendo grande y profundo y el pececito se convirtió en un enorme pez. La muchacha se convirtió en una hermosa señorita.

Los padres se pusieron maliciosos porque ella siempre quería ir a buscar leña y se tardaba mucho en regresar. Entonces, interrogaron al hermano, y él no pudo seguir ocultando el secreto. Dijo que un enorme pez espada hablaba con su hermana cuando ella le cantaba una canción. Al día siguiente, cuando los hermanos fueron a recoger leña al monte, los padres los fueron siguiendo sin que ellos se diesen cuenta, y vieron cómo el pez salía del agua al conjuro del canto de la muchacha.

Después que la muchacha se fue, los padres se acercaron, y el padre cantó:

Con mi palanquilla, sirena, unangolá.
Y mi amiguito, sirena, ¡un pejespá!

El pez, al oír aquel vozarrón, se hundió más en el agua.



Entonces la madre, imitando la voz de la hija, cantó:

Con mi palanquilla, sirena, unangolá.
Y mi amiguito, sirena, ¡un pejespá!

El pez, creyendo que era la muchacha que lo llamaba, salió enseguida cantando:

Cayón, Cayón, llegó.

Rápidamente el padre le dio un golpe, atontándolo. Lo sacaron del pozo y lo llevaron al rancho. Allí lo limpiaron, y lo prepararon para la cena. Las escamas las escondieron en el baúl de la hija.

Cuando la muchacha llegó y se sirvió la comida, no sintió hambre y se fue a su habitación. Abrió el baúl, vio las escamas y comprendió lo que había pasado. Grande fue su dolor por la muerte del pez. Corrió hasta la orilla del pozo y vio que se había secado. Dejó las escamas en el lugar en que había estado el pozo y se sentó a llorar desconsoladamente.

Los padres, al percatarse de su ausencia, fueron en su busca, pero sólo encontraron a flor de tierra sus cabellos. Tiraron con fuerza de ellos, llamándola, pero todo fue inútil.

La muchacha desapareció, tras el recuerdo de su querido pez.



las Tripitas

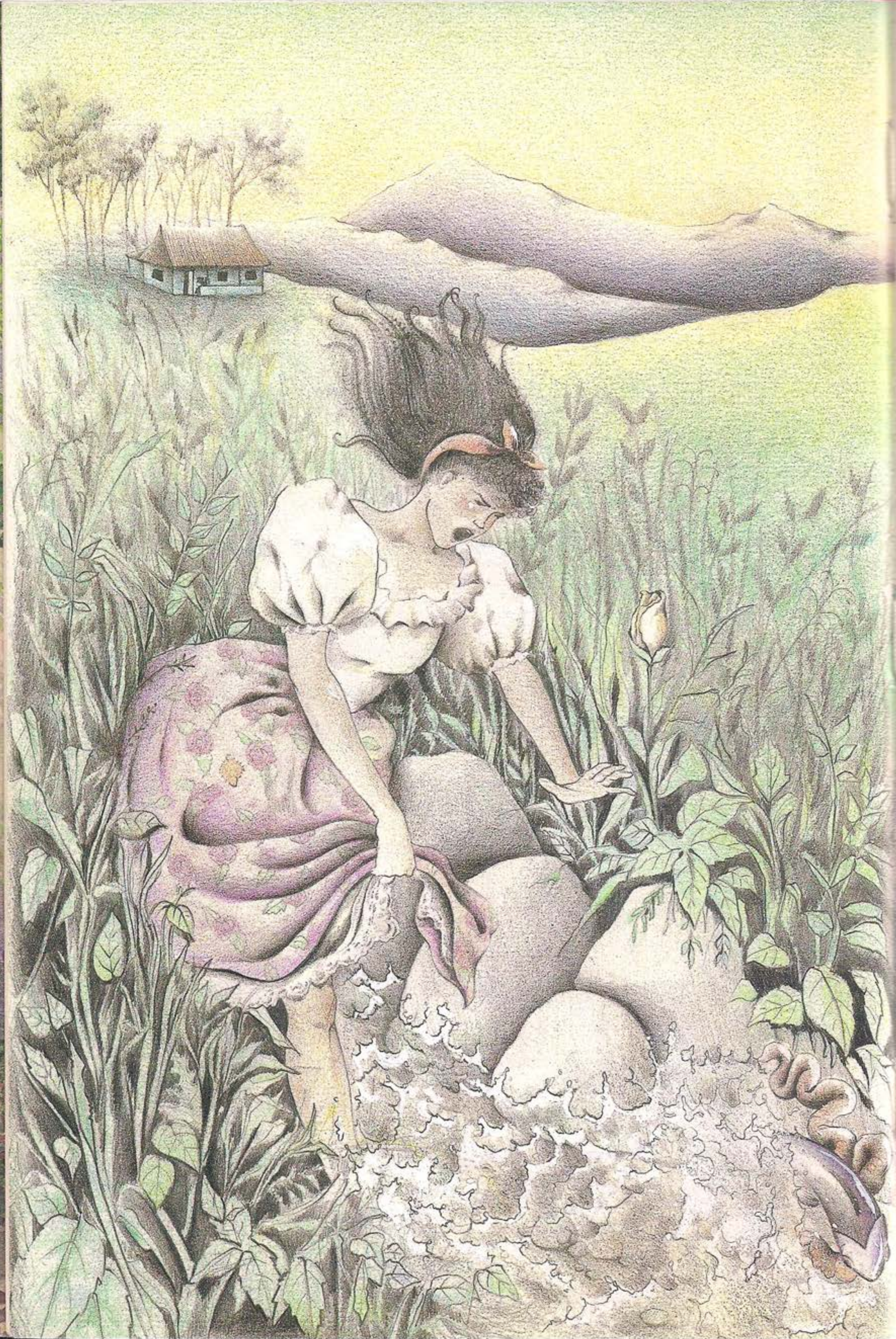
Versión de Margot Silva
con ilustraciones de María Fernanda Oliver

ESTA ERA una vez una niña que tuvo que quedarse sola con su madrastra cuando su papá hizo un largo viaje. Entonces, la madrastra y la hermana aprovechaban para tratarla muy mal.

Un día, la mandaron a limpiar unas tripitas para hacer un mondongo. Fue la niña a lavarlas al río, y estaba en eso, cuando una sardina agarró la punta de una de las tripitas y se la llevó. La niña corrió por la orilla del río, asustada, gritando:

¡Sardinita, dame mi tripita!
¡Sardinita, dame mi tripita!

Pero la sardinita volaba con la tripita. Corriendo tras la sardina y su tripita, la niña se alejó de su casa. Cuando por fin quiso regresar, sin haber conseguido la tripita, tomó por un camino que la llevó hasta una casa chiquita pintada de azul. En la puerta, había un viejito ciego sentado en un butacón, que escuchó los pasos de la niña y le habló:



–Por favor, ¿me das un vaso de agua?

–Sí, sí. Le traigo ya un vaso de agua –dijo la niña y le preguntó:

–¿Está solito?

–Sí, estoy solito.

La niña entró a la casa y en vez de llevarle un vaso de agua, le preparó desayuno al viejito con arepas, perico y café. Le lavó la cara, lo peinó, lo arregló. De todo le hizo al viejito y luego lo acomodó en su butacón para que comiera.

Y entonces decidió regresar a su casa. Pero cuando ya se iba, escuchó el llanto de un niño.

–¡Ay! Un niño llorando. Voy a verlo.

Entró a la casa y allí había un nené llora que llora. Le preparó una sopa, lo bañó, lo acostó y lo durmió.

Entonces, decidió regresarse a su casa. Pero cuando ya se iba, escuchó un alboroto en el gallinero.

–¿Qué les pasa a estas gallinas que están como locas? ¡Pobrecitas!

Les puso maíz y agua. Las gallinas se tranquilizaron y parecían contentas.

Entonces, decidió regresarse a su casa. Pero cuando ya se iba escuchó el gemido de un perrito. Guauuuuu... guauuuuu... que ya se desmayaba de hambre.

–¡Ay! Pobre, pobre perrito que te estás desmayando de hambre. Vente que te doy de comer.

Le dio leche y comida. "Ahora sí me puedo ir", pensó, pero ¡qué va!, le salió un gatito. También le dio de comer, le dio de

beber y lo acarició.

Entonces, decidió regresar a su casa. Pero cuando ya se iba, escuchó a un lorito que detrás de la puerta, decía:

¡Aquí está el lorito!
¡Me muero de hambre,
ni salto, ni grito!

–Ya va, lorito.

Y también le dio de comer. Cuando se iba ya, por fin, vio el jardín seco y las flores tristes, llevando mucho sol. "No puedo dejar estas flores así", pensó y fue a buscar agua para regarlas. Las flores se pusieron lindas y el jardín floreció bellísimo. Entonces, la niña escuchó unos pasos y asustada se escondió detrás de unas matas.

–¿Quién será que viene por allí?

Eran siete señoras muy altas y hermosas.

Y una se acerca al cieguito y le pregunta:

–Abuelo, ¿quién lo puso tan buenmozo? Si ha sido una niña, que se vuelva linda. Que sea la niña más linda de este pueblo.

Y la segunda, que era madre del niño, dijo:

–Mi niño está dormido. Le dieron de comer y lo bañaron. Que le aparezca una estrella de oro en la frente a la niña que lo atendió.

Y la tercera encontró a su gatito esponjado y ronroneando:

–Yo creía que se había muerto de hambre. Que por donde pase la niña que le dio de comer, todos la miren porque es suave y graciosa.

Y la cuarta, que era la de las gallinas, pidió que tuviera un pelo largo y sedoso y la del jardín, que echara perfume por la boca cuando hablara.

Una a una fueron dándole las gracias. Porque eran hadas. Las que vivían en la casa pintada de azul, eran hadas. Y cuando acabaron de darle las gracias, la niña se marchó a su casa.

Y al verla así, la madrastra y la hermana se quedaron pasmadas.

–¿Y dónde estabas tú metida, niña? –le gritó la madrastra.

–Bueno... yo estaba en una casita –dijo ella bajito porque siempre le pegaban y tenía mucho miedo.

–¡Mira! Yo no sé dónde estabas metida, pero lo que eres tú, te llevas a tu hermana ahorita a la casa donde estuviste y la dejas allá y te regresas para que me vengas a fregar y a cocinar, porque con el cuento de la tripita esa, no almorzamos hoy. Y tú tienes la culpa. Vete ya con tu hermana.

La niña salió con la hermana y la dejó frente a la casita azul, donde estaba sentado el viejito.

Cuando la hermana iba a entrar a la casa, el viejito le habló:

–Por favor, deme un vasito de agua.

–No, no. Yo no he venido aquí a darle agua a viejos. No vengo a eso. Vengo a otra cosa.

Y el pobre viejito se fajó en lágrimas. Pero a la hermana no le importó. Vio al niño llorando en la casa y le dio dos nalgadas. Vio al perro gimiendo y le dio una patada. Le abrió la puerta del corral a las gallinas que se metieron a la cocina y quebraron los vasos y los platos. Le dio otra patada al gato y un escobazo al lorito.

Ya se iba, pisoteando las flores del jardín, cuando llegaron las siete señoras. Asustada, se escondió detrás de la puerta. Pero el loro gritaba:

¡Atrás de la puerta
se escondió
la que al lorito
le pegó!

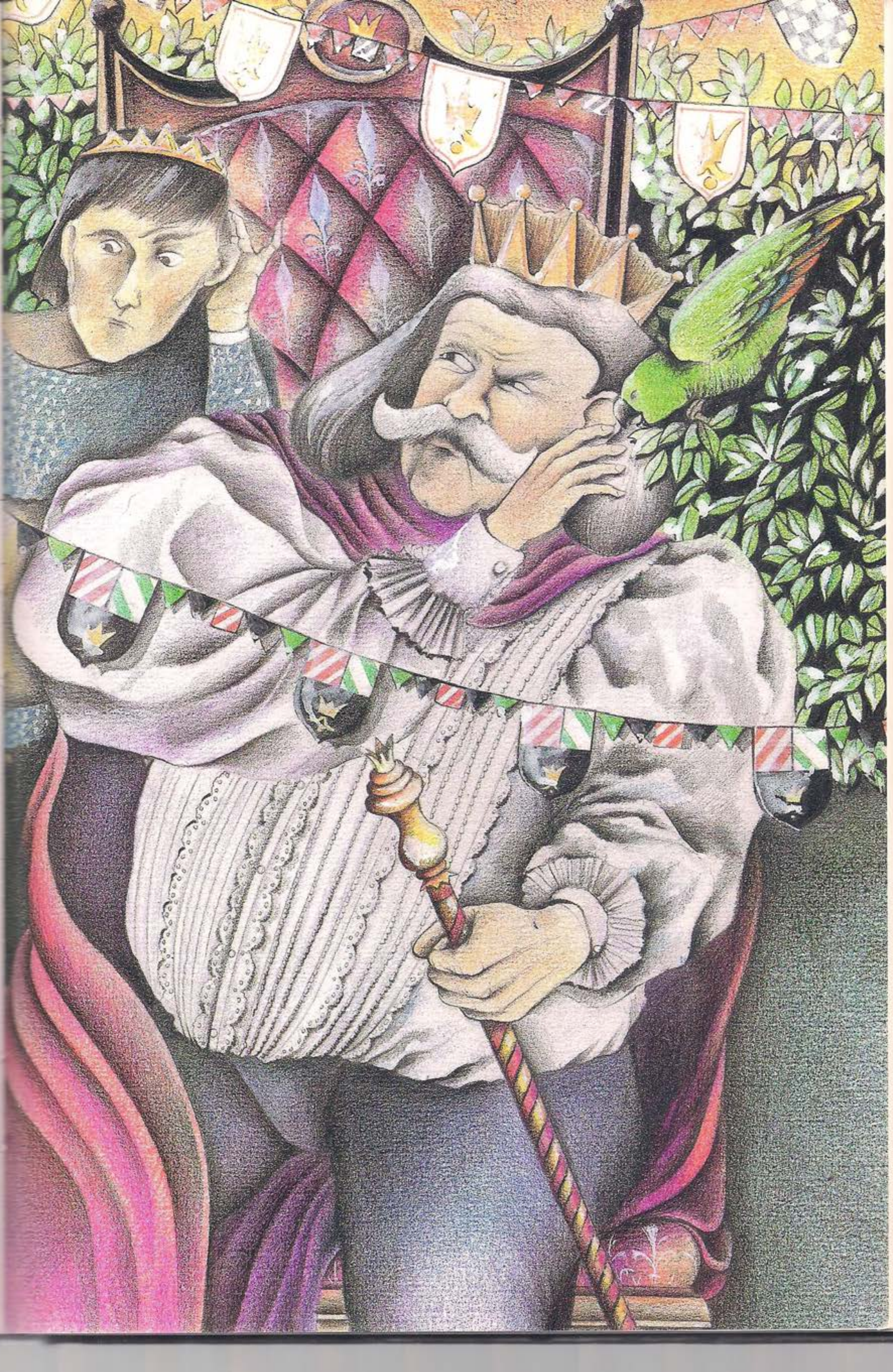
Las hadas vieron al niño llorando, al perrito muerto, al gato asustado, las flores marchitas y cada una le fue mandando un daño. Una pidió que le crecieran tanto los pies que no le calzara ningún zapato. Otra, que le saliera un moco de pavo en la frente. La de las flores, pidió que tuviera un aliento desagradable, para que nadie se le acercara.

La hermana, entonces, se fue corriendo a su casa y cuando la madre la vio, se llevó tremendo susto. Ahí mismo la llevó al médico para que le hiciera una operación y le sacara el moco de pavo. Pero nada. El médico recetó que no se podía, que le amarrara una cinta en la frente.

Así tuvo que hacer. Y obligó a la niña a que se amarrara también la frente para que no se le viera la estrella.

Por esos días, anunció el rey que iba a hacer una fiesta para que el príncipe eligiera esposa. Invitó a todas las niñas del pueblo.

La madrastra y la hermana se fueron a la fiesta y dejaron a la niña en la casa. Las hadas también fueron. Llevaron al lorito y lo pusieron en una mata cerca del rey y del príncipe.



Se sentó el rey y el lorito empezó:

¡Majestad!
Estrella de oro está en la casa
y moco de pavo está en la plaza.
¡Majestad!
Estrella de oro está en la casa
y moco de pavo está en la plaza.

Y vuelta otra vez con lo mismo. Hasta que el rey se volteó:

–¿Qué es lo que me dice este lorito que me tiene fastidiado?

–Majestad, perdone –dijo una de las hadas– es que hay una niña muy linda que tienen encerrada en su casa. ¿Por qué no la manda a buscar?

–Inmediatamente. Vayan a buscarla.

Y un hada se montó en un coche con cuatro caballos y fue a buscarla. La tocó con su varita mágica y tuvo un vestido precioso, le quitó la venda de la frente y se la frotó para que la estrella brillara. Entonces subieron al coche y llegaron a la plaza.

En cuanto la vio, el príncipe se enamoró de ella y la eligió para casarse.



Blancaflor

Versión de Margot Silva
con ilustraciones de Irene Savino

BLANCAFLOR ERA una niña muy hermosa. El papá la adoraba y no quería se que se casara con un joven cualquiera sino con un hacendado. La celaba mucho y no la dejaba salir.

Un día, llegó a la hacienda un muchacho pidiendo trabajo y cuando el viejo lo vio, así, tan buenmozo y tan perfumado, le dijo:

–No hay trabajo. ¡Aquí no hay trabajo!

Entonces Blancaflor salió por detrás y dijo:

–Aquí sí hay trabajo.

Y como el papá lo que tenía era una adoración con ella, hacía lo que ella quería. Al decir ella ''Aquí sí hay trabajo'', pues... ''Aquí sí hay trabajo''.

–Pase p'allá, –dijo el viejo.

Y lo hicieron pasar.

Entonces el papá llamó al mayordomo:

–Mire, mayordomo, usted me hace el favor de ponérmele una trampa a este hombre para que se vaya mañana mismo, porque yo no quiero que se quede.

Y el mayordomo fue enseguida donde el joven y le preguntó:

–Usted, ¿cómo se llama?

–Pedro, señor.

–Bueno, Pedro, tú tienes que limpiarme toda esta extensión de terreno que está aquí. Hay que limpiarla. ¡Si no lo haces, a la calle!

Y le alcanzó un machete de cartón, un rastrillo de cartón y una hoz de cartón. Cuando el muchacho vio las herramientas de cartón, se murió del susto.

–¡Ay! ¿Cómo voy a limpiar yo toda esa cantidad de monte que hay con esos bichos de cartón. ¡Qué va! Yo no puedo.

Pero Blancaflor que estaba mirando todo, le dijo:

–Mmmm. No te preocupes. Eso lo arreglo yo. Acuéstate a dormir tranquilo, que eso está arreglado.

–Ay, Blancaflor, pero el mayordomo dijo que me iba a botar.

–No, hombre, que no te va a botar, que te acuestes a dormir, pendejo. Jubílate. Yo arreglo esto.

Tal cual, Blancaflor... ¡zuass!, en un segundo dejó aquel terreno completamente limpio. Porque ella era mágica.

Cuando el mayordomo llegó por la mañana, encontró el terreno limpiecito y fue corriendo a contárselo al patrón.

–Esto es cosa de Blancaflor –dijo el papá–. Le vamos a poner otro trabajo. Pon en este cuarto semillas de caraota, semillas de maíz, semillas de arroz.

Y el mayordomo las puso y las revolvió todas. Entonces le dijo al pobre Pedro que cogiera todas esas caraotas, ese maíz y ese arroz y los fuera poniendo en cada esquina grano por grano sin que se ligaran.

–¡Ay, mi madre! Ahora sí que estoy listo. Porque ahora no es posible. ¿Cómo voy yo a acomodar eso? ¡Imposible!

Y le dijo a Blancaflor:

–¿Tú no ves? Yo no puedo acomodar esto. Ven a verlo.

–Mmm, olvídate. Acuéstate a dormir y verás que eso lo arreglo yo.

En lo que él se fue, Blancaflor llamó:

¡Ratoncitos, ratoncitos,
yo aquí los necesito!

Ahí mismo vinieron quinientos mil ratoncitos.

–Me arreglan esto ya. Me ponen las caraotas aquí, el arroz aquí y el maíz aquí, ¡sin que se liguen!

Y los ratoncitos comenzaron su trabajo. Eran cantidades de ratoncitos y trabajaron toda la noche.

Por la mañana, cuando vino el mayordomo, encontró que el trabajo estaba hecho.

–¡Patrón! Ud. no lo creerá, pero el trabajo está hecho.

Y el papá se volvió una furia. Fúrico estaba:

–No puede ser. ¿Cómo es que lo ha hecho? Bueno, pero estos trabajos eran fáciles. Ahora vamos a hacer otra cosa, una trampa bien buena le vamos a poner. Una trampa pa'matarlo. Esta es pa'matarlo. Porque yo tengo que matarlo.

Entonces convidó a otros hacendados y se sentaron alrededor de un árbol. Llamaron a Pedro y le mandaron a subir con una copa de agua. Y si se le botaba una gota, una sola gota, lo mataban. Y

Blancaflor se sentó cerca del árbol y cuando él empezó a subir, ella decía en un susurro:

¡Cuájate! ¡Cuájate! ¡Cuájate!

Y cuando Pedro venía bajando del árbol con la copa de agua cuajada, ella decía:

¡Licúate! ¡Licúate! ¡Licúate!

Y entonces el agua se iba licuando.

El papá no podía creer que a Pedro no se le cayera ni una sola gota de agua. Y lo obligó a hacerlo otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

Pero en una de esas se cayó una gota.

–¡Ahí tienes! –dijo el viejo–. Se cayó una gota.

–No padre. No. Fue una lágrima –dijo Blancaflor–. ¿No es verdad, señores?

Y Blancaflor miró a todos con su mirada mágica. Y los hacendados contestaron obedientes:

–Sí, señora Blancaflor. Fue una lágrima.

Y el viejo se quedó furioso, muerto de rabia, que se comía las uñas de rabia. Y llamó al mayordomo y le dijo en secreto:

–Vamos a matarlo más tarde, de una vez. Usted se busca un mazo y cuando esté dormido le da un mazazo en la cabeza.

Pero Blancaflor oyó. Oyó todo y fue donde Pedro con dos taparitas:

–Mira, aquí te traigo esta taparita. Tú escupes en ésta y yo

escupo en esta otra.

Y escupieron y escupieron hasta que las taparitas estuvieron llenas. Entonces Blancaflor les echó un polvito mágico y las puso en sus mesitas de noche.

–Ahora, vámonos.

Se montaron en unos caballos y se fueron.

Antes de entrar al cuarto para matar a Pedro, el viejo y el mayordomo querían saber si estaba dormido, y lo llamaban:

–¡Pedro!

Y la saliva en la taparita de Pedro contestaba:

–¡Señor!

–¡Pedro!

–¡Señor!

Y también llamaban a Blancaflor.

–¡Blancaflor!

Y la saliva en la taparita de Blancaflor contestaba:

–¡Señor!

–¡Blancaflor!

–¡Señor!

Cuando la saliva se acabó, y ya nadie contestaba, dijeron: "Están dormidos. Ahora mataremos a Pedro", y entraron con cuidado al cuarto, sin hacer ningún ruido. Pero el cuarto estaba vacío, no había nadie.

Blancaflor y Pedro iban a caballo, lejos de allí.

Sólo que Pedro había escogido un caballo muy malo, medio cojo, que apenas caminaba. En esto, Blancaflor voltea y le dice:

–Pedro, allá viene mi padre.

–¡Ay, mi madre! ¡Me mata tu padre!

–No chico, no te desesperes, espérate un momentico. ¿Dónde dejé yo ese alfiler? Aquí lo tengo.

Y Blancaflor lanzó para atrás el alfiler. Entonces se formó un espinero en el camino. Unas matas con unas espinas así de grandes, que se le clavaron en las patas a los caballos del viejo y del mayordomo. Y eso era una cosa horrorosa; los caballos asustados y con las patas sangrantes, hasta que al fin salieron del espinero y siguieron corriendo atrás de Blancaflor y Pedro. Al poco, ya los venían alcanzando. Ya los iban a alcanzar. Ya más bien iban llegando.

–¡Ay! Blancaflor, haz algo.

–Ya, espérate un momentico. Yo tengo aquí un pedacito de jabón y ¡zas!, lo lanzó para atrás. Y en el camino se formó un barrizal. Lo caballos resbalaban y se caían y no podían volver a montarlos. Después de mucho rato, pasaron y se les pegaron otra vez atrás. Y corre, y corre Blancaflor y Pedro. Y corre, y corre el viejo y el mayordomo.

–¡Ay! ¿Qué hacemos ahora? –dijo Pedro.

–Yo tengo un carrete de hilo –le contestó Blancaflor, y agarrando la punta del hilo ¡zas!, lo lanzó. Y ahí se formó un bejucal. Y bejuco, y bejuco, y bejuco, y bejuco donde se enredaron los caballos del papá y del mayordomo. Pero lograron salir al fin y volvieron a alcanzarlos.

–Ahí viene mi papá, otra vez –dice Blancaflor.

–¿Qué hacemos, qué hacemos?

–Mira, tú eres un viejito y yo soy una vieja. Y vendemos

tabaco, ahí en el recodo del camino.

Cuando llegó el papá, preguntó:

–Mire, señora, por favor, ¿me quiere decir si por aquí pasó una joven con un caballero?

–Tabaco para vender, señor, lo tengo. Tengo tabaco verde, tabaco en rama.

–No, yo no quiero tabaco. Yo le pregunto si por aquí pasó una joven y un joven.

–Tabaco verde, señor. Lo tengo también morado. Lo tengo, el tabaco. ¿Quiere comprar tabaco?

–¡No! No quiero tabaco, le dije ya que no quiero. ¿Usted no ha visto pasar...?

No, no hubo forma. Tabaco y más nada. No les quedó más remedio al viejo y al mayordomo que seguir el camino.

Se fueron los dos. Entonces Blancaflor agarró el tabaco, lo metió en una pipa, y se puso a fumar.

–Ahí viene mi papá de regreso. Tú eres un campesino y yo soy una campesina. Vendemos tomates, ahí en ese recodo del camino.

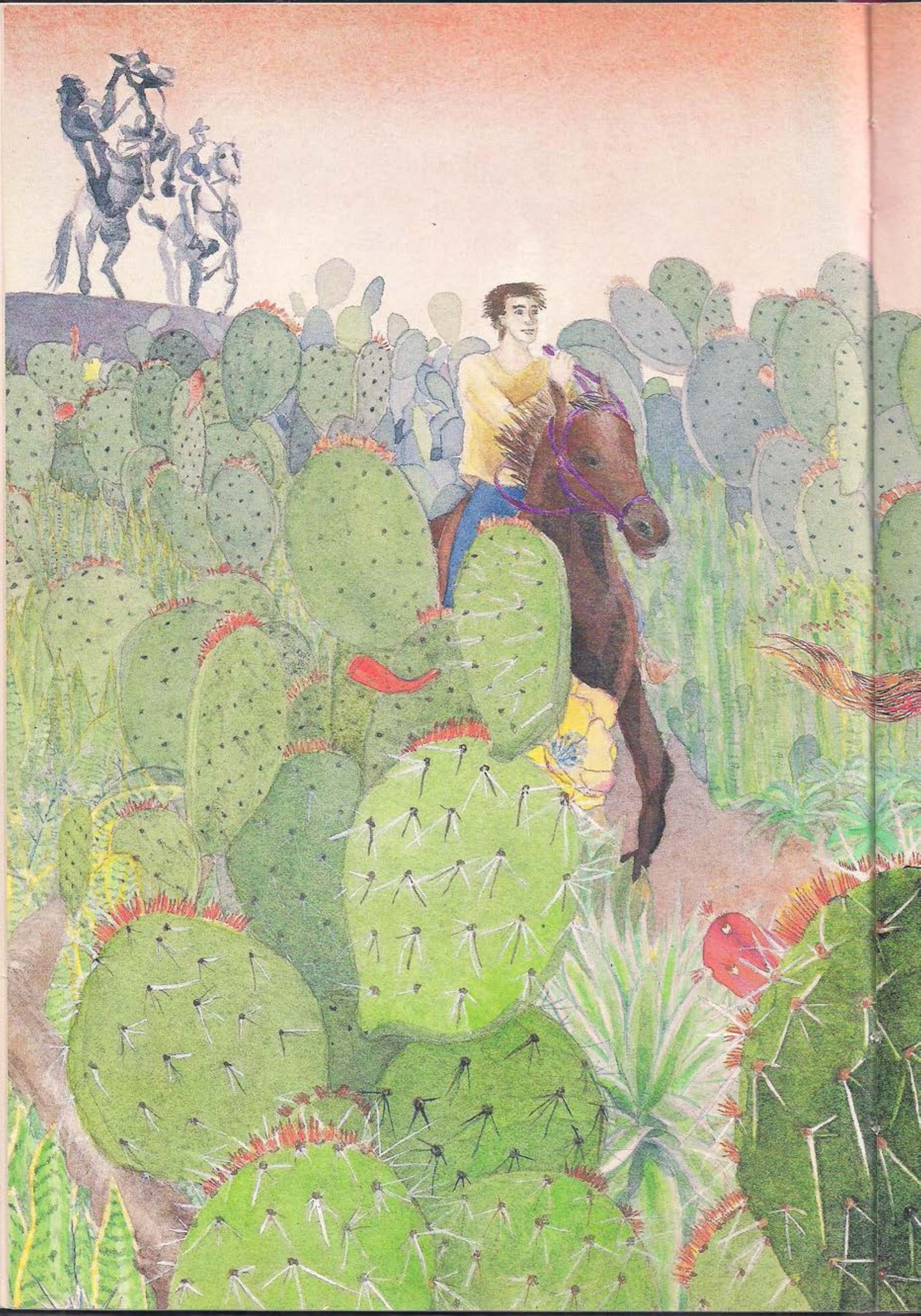
Pasó el papá.

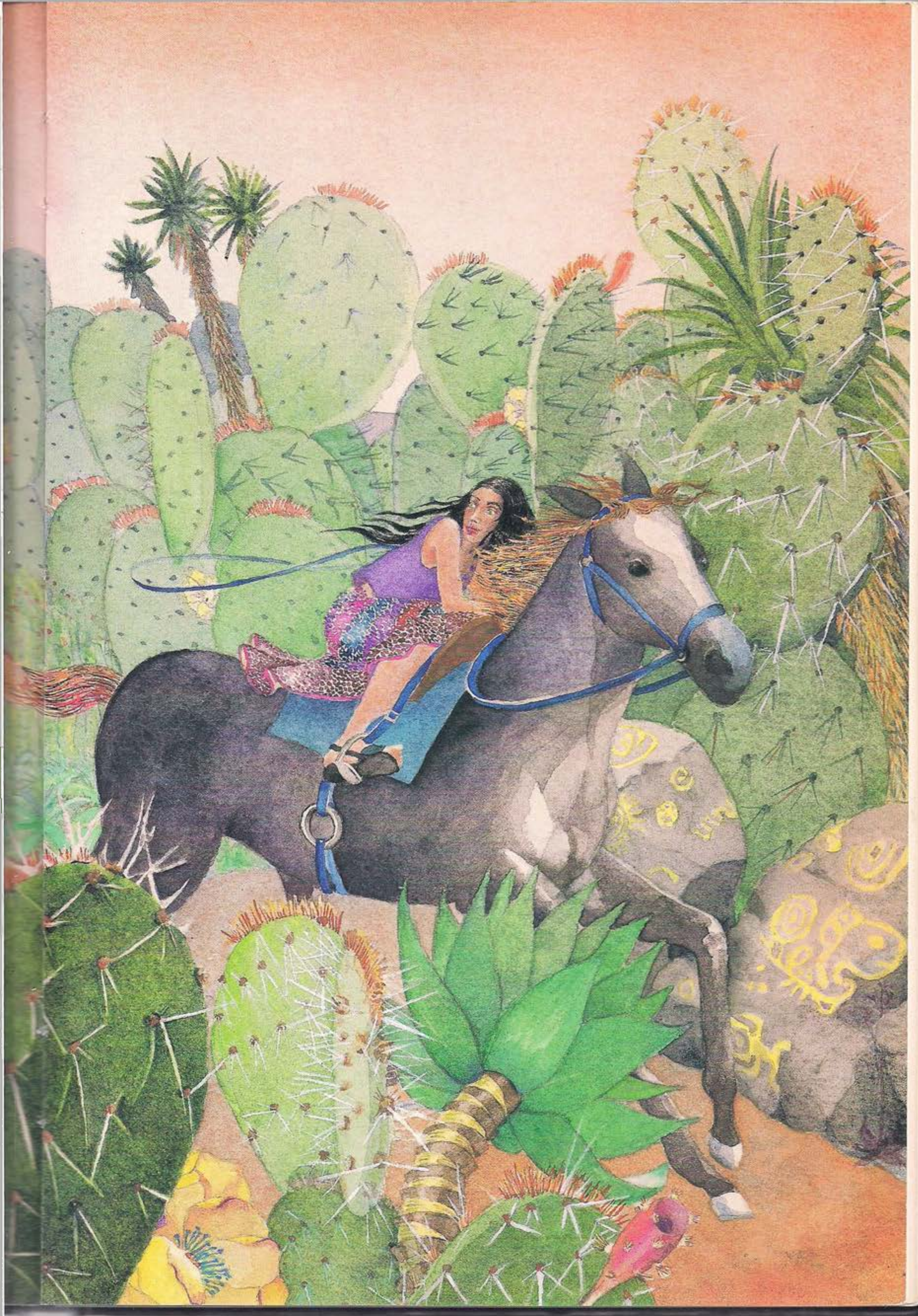
–Buenos días, señores campesinos. ¿Por aquí no han pasado un joven y una joven?

–Tomates. ¿No quiere comprar tomates? Tomates rojos, lindos tomates baratos. ¿No quiere comprar tomates?

–¡Que si por aquí no han pasado una joven y un joven! –volvió a preguntar el papá. Pero no hubo forma. Tomate y tomate hasta que el viejo se fastidió y se fue furioso.

–¿Qué haremos ahora cuando pasen por aquí otra vez? Ya lo





ıemos hecho todo, –dijo Pedro.

–No te apures –dijo Blancaflor–. Tú serás un pajarito y yo una pajarita y nos montaremos ahí en ese árbol a cantar.

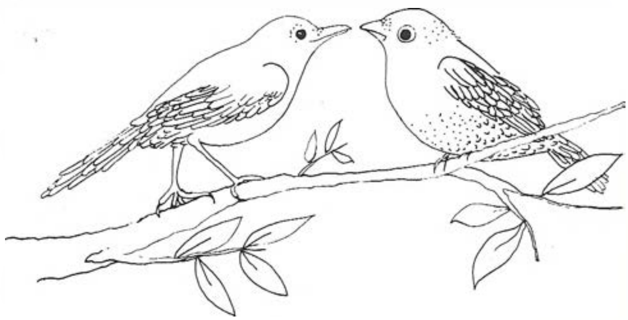
Y cuando pasó el papá con el mayordomo, dos pajaritos cantaban en el árbol.

El viejo se sentó bajo el árbol y le habló al mayordomo:

–Mayordomo, nos vacilaron. Ya eso es una cosa hecha. Ya ese hombre me quitó a mi hija. Vámonos para la casa y dejémosla a ella hacer su vida, pues.

El viejo y el mayordomo se regresaron a la hacienda, y Blancaflor y Pedro se fueron lejos, muy felices.

Y colorín, colorado, este cuento ha terminado.



el Enano Gurrupié

Versión de Rafael Rivero Oramas
con ilustraciones de Heinz Rose

ENTRE UN bosque rodeado de altas montañas vivían unos enanitos que se pasaban la vida alegres y contentos, trabajando en las minas o cultivando los campos. Los extraños nunca los molestaban porque las grandes montañas los ocultaban de la vista de todo el mundo y así nadie sabía de la existencia del pueblecito.

Pero un día apareció un gigante, que como era tan alto, podía ver por encima de las montañas.

Los enanitos huyeron aterrorizados y se refugiaron en la espesura del bosque. El gigante derribó las casitas, pisó los conucos, y se comió todos los alimentos que tenían almacenados.

–Mmmmm –dijo, mirando los conucos que quedaban–. Qué bien está todo esto. Aquí tengo comida para mucho tiempo. Aquí como que me quedo.

Pero como habían sido destruidas todas las casitas –que además no le hubieran servido de nada por pequeñas– el gigante decidió construirse una casa propia. Fue al bosque y arrancó de raíz una gran cantidad de árboles con la que se fabricó una casa tan

grande como había sido el pueblo de los enanitos.

Mucho tiempo vivió allí tranquilo el gigante, mientras los enanitos pasaban hambre escondidos entre el bosque.

Una vez, los más atrevidos resolvieron ir a verlo para obligarlo a abandonar el lugar, pero el gigante se empinó y lanzó unos alaridos roncos y tremendos como truenos:

–¡AARGH! Enanos estúpidos. ¡Váyanse de aquí!

Agitando los brazos, los espantó y los pobrecitos tuvieron que ir otra vez a refugiarse en el bosque.

Tristes, ya se habían acostumbrado a vivir bajo los árboles, cuando un día llegó por aquellos lugares un enanito extranjero, que se extrañó de verlos vivir de esa manera, asustados y sin casas.

El forastero se llamaba Gurrupié. Y cuando le contaron la historia del gigante, se rió mucho de los enanitos del bosque.

–¿Cómo es posible que tantos enanos juntos le tengan miedo a un solo gigante?

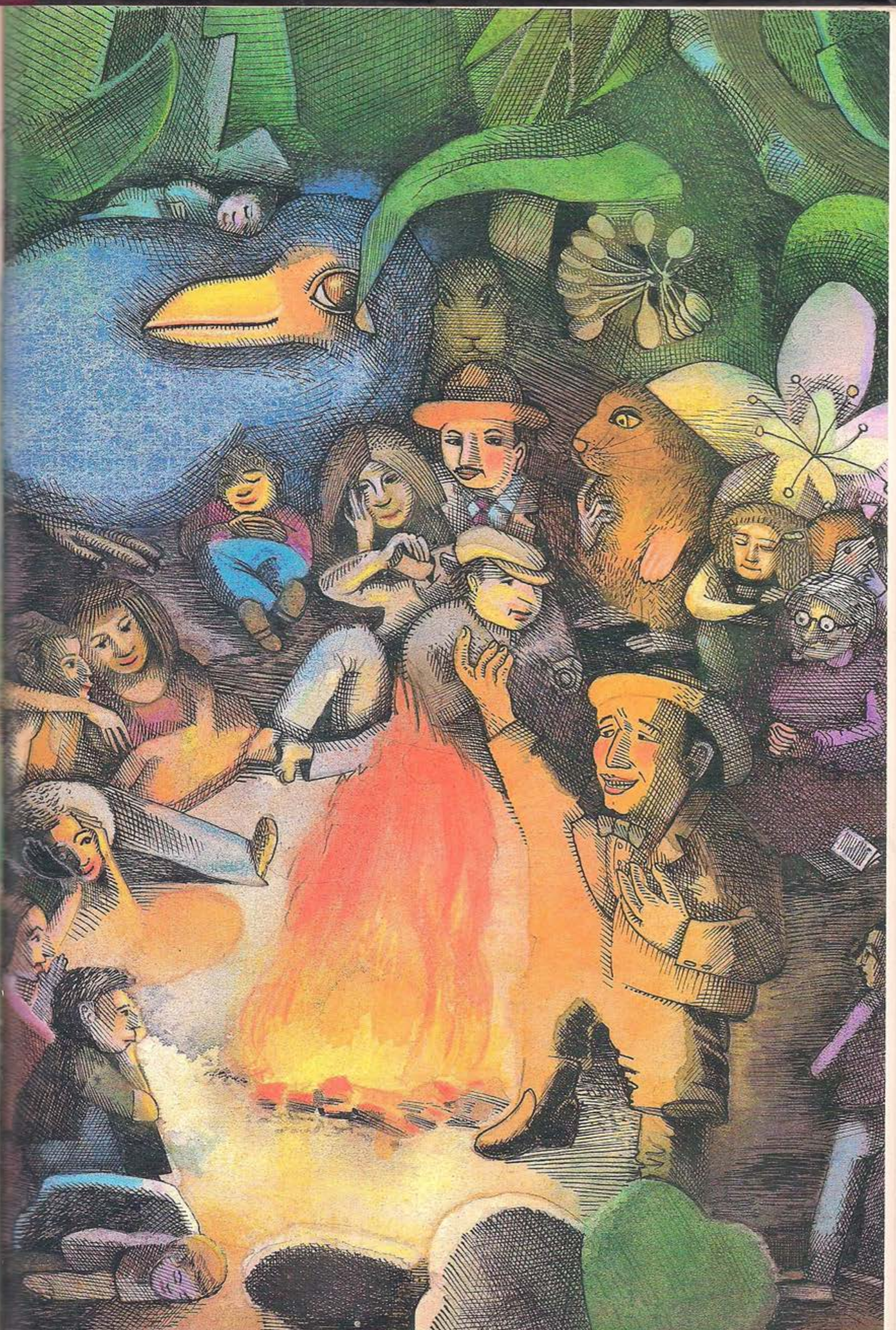
–Es que tú no lo conoces –dijo uno–. Es terrible y más alto que la más empinada montaña.

Gurrupié volvió a reír:

–¡No sean bobos! Yo solo puedo con él, por muy grande y temible que sea.

Los enanitos se miraron las caras y pensaron entre ellos: "¿Será idiota este Gurrupié, o tal vez medio loco?" Y comenzaron a observarlo disimuladamente.

En realidad Gurrupié no tenía el aspecto de ser un hombre capaz de vencer al gigante. Tenía unos grandes ojos en medio de una cara redonda y chata, una nariz gris y abultada como una papa



gorda, y una sonrisa plácida y estúpida. Pero continuaba riéndose, burlándose de los enanos y asegurando poder vencer al gigante, hasta que los enanos no aguantaron más sus burlas.

–Y si eres tan valiente, ¿por qué no lo haces?

–¡Ajá! ¿Con que no me creen ustedes capaz? Pues mañana verán.

Y al día siguiente, muy de mañana, Gurrupié fue a la casa del gigante. El gigante dormía.

Gurrupié comenzó a darle golpes a la puerta y a hacer mucho ruido.

El gigante se paró sobresaltado y fue a ver lo que ocurría. Mucho le extrañó la audacia de aquel enanito y salió gritando y agitando los brazos para espantarlo, como había hecho con los otros.

Gurrupié no se movió ni le hizo el menor caso.

El gigante, un poco amoscado, entró entonces a la casa y volvió a salir trayendo en la mano una gran piedra blanca de guaratara.

–Mira bien –le dijo a Gurrupié, y lanzó la piedra con todas sus fuerzas contra el suelo. La guaratara chocó con una laja y se volvió polvo.

–Así podría yo hacer contigo. De manera que vete y no me molestes –dijo.

Gurrupié rompió a reír a carcajadas.

El gigante se lo quedó mirando con las cejas fruncidas. Luego tomó una piedra negra del suelo y la apretó entre sus manazas hasta que de la piedra comenzaron a salir gotas de líquido.

–Ese es el jugo de la piedra –rugió el gigante–. Vete si no quieres que haga lo mismo contigo.

–¡Jo! ¡Jo! No seas tonto, gigantón –rió Gurrupié–. Eso puedo hacerlo yo también. Espérame aquí y verás.

Y volviendo la espalda, echó a andar hacia el bosque, desde donde lo miraban asombrados los otros enanos.

–Consíganme un poco de almidón de yuca y un pedazo de estropajo –les pidió.

Los enanitos, habiendo visto el valor de Gurrupié frente al gigante, corrieron a buscar lo que pedía. Gurrupié se guardó el poco de almidón en el bolsillo, se fue hasta un arroyo, donde humedeció el estropajo en agua y lo guardó también en el bolsillo.

Luego tomó una guaratara y una piedra negra.

–Mira bien –le dijo al gigante–. Esta es una piedra igual a la que tú hiciste polvo.

En menos que espabila un mosquito, cambió la guaratara por el puñado de almidón. Hizo girar su brazo, y lo lanzó contra el suelo. Sobre el piso quedó una mancha de polvo blanco. El gigante abrió mucho los ojos, sorprendido de que un ser tan chiquito tuviera la fuerza necesaria para pulverizar una guaratara.

–Ahora verás la otra –dijo Gurrupié.

Tomó la piedra negra, y en menos de lo que espabila una mosca, la cambió por el pedazo de estropajo empapado. Entonces comenzó a apurruñarlo, simulando hacer un esfuerzo enorme, hasta que brotaron unas cuantas gotas.

–Ese es el jugo de la piedra.

El gigante se quedó pasmado.

–Yo quiero ser tu amigo –dijo, dándole la mano a Gurrupié–. Admiro a los hombres fuertes, y como eres uno, quiero invitarte a cenar conmigo.

Gurrupié aceptó la invitación y los dos entraron en la casa, riendo y charlando.

–Bien –habló el gigante–. Yo no tengo criados, pero como somos buenos compañeros tú me ayudarás a servir la mesa.

–No faltaba más –dijo amablemente Gurrupié.

–Entonces, mientras yo voy a buscar un barril de guarapo que tengo abajo, tú vete a la cocina y trae las arepas que se están asando en el budare.

Y cada uno salió por su lado.

En la cocina, Gurrupié se encontró en un gran aprieto. El fogón era altísimo y sólo después de arrimar una escalera pudo subirse para alcanzar las arepas. Y allá arriba, descubrió que eran enormes. Con mucho trabajo, bajó una y, rodándola como si fuera una rueda de carreta, la condujo hasta la mesa. Entonces resopló de cansancio y se enjugó el sudor que le corría por la frente. Volvió a la cocina y con igual trabajo, bajó la otra arepa. Venía ufano, rodando la segunda arepa cuando tropezó a la puerta del comedor y cayó, con tal mala suerte, que la enorme arepa le cayó encima. Y ahí quedó, aprisionado como una cucaracha.

Gurrupié trató de liberarse, pero todo fue inútil, el peso le ahogaba y el calor lo quemaba, pero no se atrevía a pedir auxilio.

Estaba batallando por salir de ese apuro, cuando llegó el gigante con su gran barril de guarapo al hombro.

–¿Qué es eso, Gurrupié? ¿Qué te sucede? –preguntó extrañado.

–¡Ay! amigo, es que yo sufro de reumatismo y como dicen que las arepas calientes son un buen remedio para eso, quise aprovechar.

–Eso está muy mal hecho –dijo el gigante disgustado–. Usar así la arepa que nos vamos a comer.

Y mientras hablaba, quitó la arepa de encima del enano y la puso sobre el mantel.

–Bueno, pues, vamos a comer –dijo Gurrupié poniéndose de pie y dirigiéndose a la mesa como que si nada.

Ya iban a terminar de comer, cuando al gigante comenzaron a cosquillearle las narices y a humedecérsele los ojos. No pudo contenerse y lanzó un tremendo estornudo que fue como un ciclón.

Y la casa se estremeció, volaron las sillas, todo lo que había sobre la mesa, y también Gurrupié.

Cuando volvió la calma, el enanito estaba colgado del techo, sujeto a una de las vigas con la mano. El gigante se lo quedó mirando.

–¿Qué haces ahí, Gurrupié?

El enanito gritó con voz irritada:

–Eres indecente, gigantón. ¿Cómo te atreves a estornudar en la mesa? Voy a arrancar esta viga para partírtela en la cabezota.

El gigante alarmado y lleno de miedo corrió a bajar al enano de donde estaba colgado.

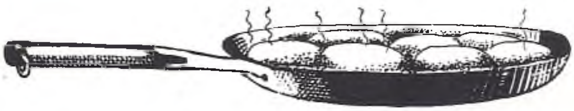
–¡No, Gurrupié! No hagas eso que yo soy tu amigo.

–¿Mi amigo? Yo no puedo ser amigo de un gigante tan mal educado como tú.

"¡Uyy!" pensó el gigante. "Este enano endemoniado es capaz de matarme en cualquier momento".

Así que decidió marcharse de ahí y en la primera oportunidad, desapareció.

Y los demás enanos volvieron al pueblo, reconstruyeron sus casas y vivieron felices y contentos.



la Maceta de Albahaca

Versión de Pascuala Corona
con ilustraciones de María Fernanda Oliver

ERA UNA vez un zapatero muy pobre que vivía frente a palacio y que tenía tres hijas.

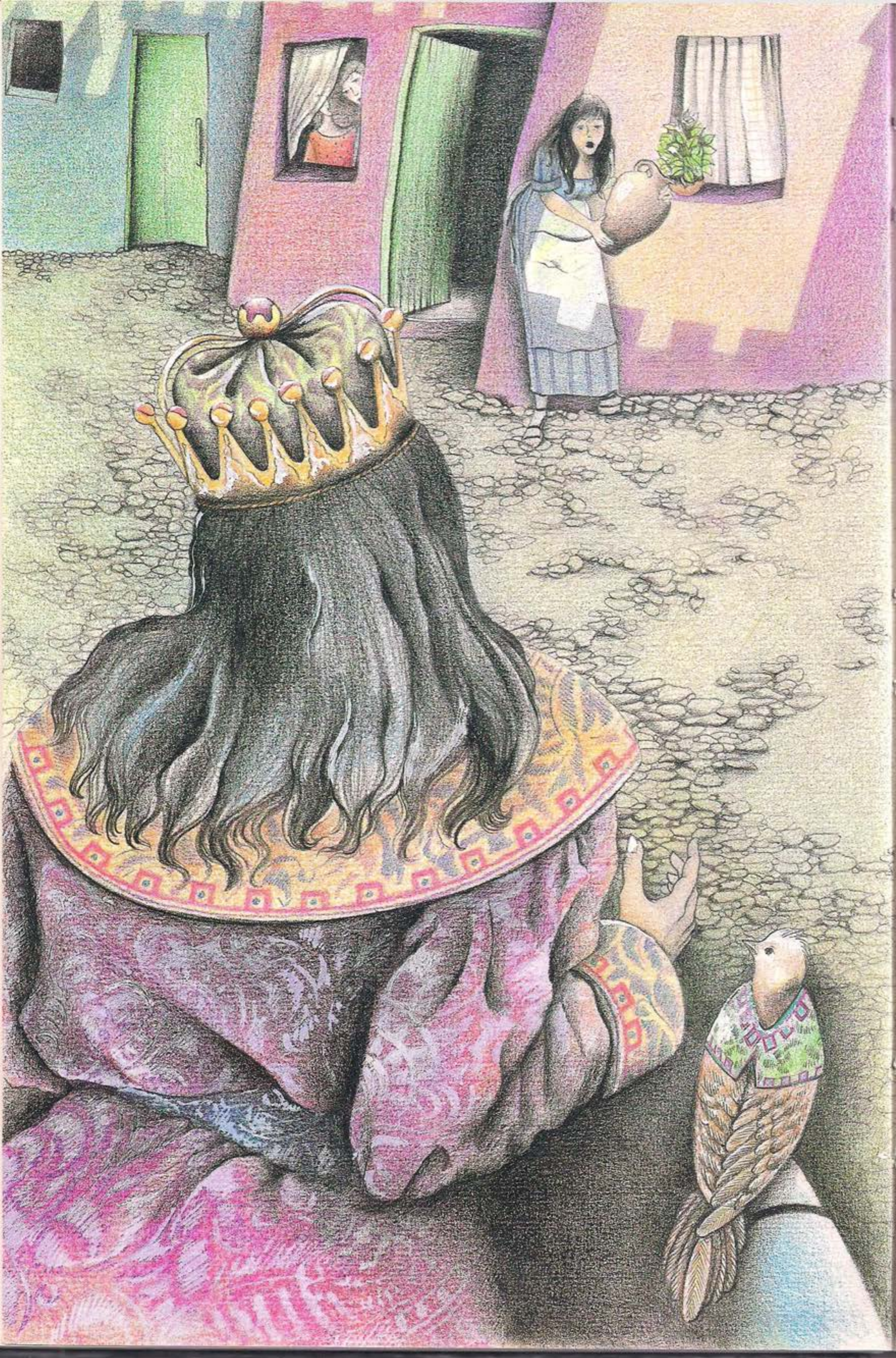
Las muchachas tenían una maceta de albahaca en la ventana y salían a regarla un día cada una; todas tres eran muy hermosas y un día que el Rey salió al balcón vio a la mayor regando la maceta y le dijo:

Niña, niña,
tú que riegas la maceta de albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

La muchacha, mortificada de que el Rey le hablara y no sabiendo qué contestarle, cerró la ventana.

Al día siguiente le tocó regar la maceta a la segunda hermana. El Rey salió al balcón como el día anterior y le dijo:

Niña, niña,
tú que riegas la maceta de albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?



La muchacha azorada de que el Rey le hablara, mejor se hizo la sorda y se metió.

Al tercer día salió la hermana menor a regar la maceta y el Rey, que ya estaba en el balcón, al verla le dijo:

Niña, niña,
tú que riegas la maceta de albahaca,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y la muchacha, que se pasaba de viva, le contestó:

Saca Real Majestad, mi Rey y Señor,
usted que está en su balcón,
¿cuántos rayos tiene el sol?

El Rey se quedó sorprendido de la contestación de la muchacha y avergonzado de no poderle contestar se metió corriendo. Después de pensar y pensar se le ocurrió que como la muchacha era muy pobre le convenía mandar a un negro que se paseara por la calle gritando que cambiaba uvas por besos.

La muchacha que nada se imaginaba, al oír al negro salió a su encuentro y le dio el beso que pedía a cambio de las uvas. A la mañana siguiente que salió a la ventana a regar la maceta, el Rey ya estaba en el balcón y al verla le dijo:

Niña, niña,
tú que riegas la maceta de albahaca,

tú que le diste el beso a mi negro,
¿cuántas hojitas tiene la mata?

A la pobre muchacha le dio tanta rabia que cerró la ventana y se metió decidida a no volver a regar la maceta.

El Rey, que ya estaba acostumbrado a ver a la muchacha, se enfermó de amor de no verla y su médico de cabecera viendo que no podía curarlo, mandó a llamar a todos los médicos del reino a ver cuál de todos lo aliviaba.

La muchacha que sólo estaba esperando la ocasión para desquitarse, se difrazó de médico y fue a palacio llevando del bozal a un burro. Al llegar a la presencia del Rey le dijo:

–Saca, Real Majestad, si gusta usted curarse es menester que le bese el rabo a mi burro y que salga mañana al balcón a recibir los primeros rayos del sol.

El Rey, con tal de curarse, hizo lo que le recetaba aquel médico, así que después de besar el rabo del burro se acostó a dormir.

A la mañana siguiente, muy tempranito, salió al balcón y la muchacha, que lo estaba esperando regando la maceta, al verlo le dijo:

Saca, Real Majestad, mi Rey y Señor,
usted que está en su balcón,
usted que besó el rabo del burro,
¿cuántos rayos tiene el sol?

El Rey, dándose cuenta de lo bien que lo había engañado la

muchacha, se metió muy enojado y mandó llamar al zapatero.

Luego que llegó el buen hombre a la presencia del Rey, éste le dijo:

–Vecino zapatero, quiero que a las tres horas del tercer día me traigas a tus tres hijas. A más ordeno que la menor venga: bañada y no bañada; peinada y no peinada; a caballo y no a caballo; y sábete que si no lo cumples penas de la vida.

El pobre zapatero se fue muy triste a su casa y les dijo a sus hijas lo que el Rey había dispuesto; a las dos mayores todo se les fue en llorar, en cambio la más chica le dijo:

–No te apures, papacito, ya verás cómo yo lo arreglo todo.

Y así fue: a las tres horas del tercer día se presentó el zapatero en palacio con sus hijas. Adelante iban las dos mayores y más atrás la chiquita montada en un borrego con un pie en el aire y otro en el suelo; tiznada de medio lado y el otro bien fregado; media cabeza enmarañada y la otra hasta trenzada.

Viendo el Rey que habían acatado sus órdenes, se dio por vencido y le dijo a la muchacha:

–En premio a tu astucia puedes llevarte de palacio lo que más te guste.

Y después de decir esto se fue el Rey a dormir la siesta. La muchacha, que no esperaba otra cosa ¿a que no se imaginan lo que hizo? Pues mandó a llamar a cuatro pajes y con mucho cuidado se llevó al Rey a su casa.

¡Cuál no sería la sorpresa del Rey al despertarse y hallarse en una casa pobre y desconocida!

Lo primero que hizo fue llamar a los lacayos, a sus pajes, a la

guardia, pero en vez de ellos llegó la muchacha y le dijo:

–Saca, Real Majestad, mi Rey y Señor, usted fue lo que más me gustó de palacio, por eso me lo traje a mi casa.

El Rey, viendo que con esa muchacha llevaba siempre las de perder, se casó con ella.

Y salta por un callejón y cuéntame otro mejor.



María Tolete

Versión de Rafael Olivares Figueroa
con ilustraciones de Irene Savino

UN DIA apareció una niña sucia y hambrienta en las puertas de la casa grande de la hacienda. Le dieron de comer y de beber ese día. Y también al día siguiente. Y al otro, y al otro. Sin que los de la casa se dieran cuenta, la niña se fue quedando, siempre callada y de rincón en rincón.

Una tarde, los muchachos de la hacienda le preguntaron cómo se llamaba y ella respondió con un hilito de voz:

– María.

Y los muchachos, riéndose le hicieron una rueda y se burlaron:

– María, María Tolete; María, María Tolete.

Una noche de luna llena, el hijo de la señora de la hacienda estaba arreglándose para ir a un baile, cuando María Tolete se le apareció en el cuarto:

– Llévame contigo –le pidió.

El joven se quedó tieso de la sorpresa:

– ¡Qué vas tú a pensar en ir a bailar conmigo! –gritó–. Vete a tu rincón. ¡Mira que te doy un chalecazo!

Luego que el joven se fue para el baile, María Tolete se fue

para el pozo del bosque y se bañó y perfumó con las hierbas que allí había. Regresó a la casa, se puso un hermoso vestido de la hija de la señora, y se recogió el cabello.

En el baile todos quedaron deslumbrados con la belleza de esta joven desconocida. Los hombres se peleaban por bailar con ella y el hijo de la señora no le quitaba la vista de encima.

– ¿De dónde eres tú? –le preguntó por fin.

– Ay, yo vengo de lejos, muy lejos. Vengo de la ciudad del Chalecazo –respondió la niña, pero el joven estaba tan embobado mirándola, que no se dio cuenta de nada.

Cuando el joven regresó a su casa, no dejaba de hablar a su madre de lo linda que era aquella niña desconocida que había visto en el baile. En los días siguientes, la buscó por toda la hacienda y los pueblos vecinos, pero no pudo encontrarla. Y se puso muy triste.

Una noche sin luna, diez días después, el joven fue invitado a otro baile. Al igual que la primera vez, María Tolete se apareció en su cuarto y le dijo con su vocecita:

– Llévame contigo.

Y el joven volvió a gritarle:

– ¡Qué vas tú a pensar en ir a bailar conmigo! Anda a tu rincón. ¡Mira que te doy un chuzazo!

Luego que el joven se fue, María Tolete corrió al pozo, se bañó, se perfumó, se puso otro vestido de la hija de la señora y se recogió el cabello. Una vez más en el baile, todos se deslumbraron con la belleza de la joven desconocida. El hijo de la señora se le aproximó suspirando y le preguntó:

– Dime, ¿de dónde eres tú?

– Ay, ay, vengo de lejos, muy lejos. Vengo de la ciudad del Chuzazo –le respondió ella, pero el joven no se dio cuenta de nada de lo enamorado que estaba.

Al regresar a su casa, no se cansaba de alabar a la desconocida del baile. En los días siguientes la buscó por toda la hacienda y por los pueblos vecinos, pero no pudo hallarla. Y se puso más triste aún.

Una noche de luna creciente, diez días después, el joven fue invitado a otro baile. Por tercera vez se apareció María Tolete en su cuarto y le dijo con un hilito de voz:

– Llévame contigo.

Y él le gritó por tercera vez:

– ¡Qué vas tú a pensar en ir a bailar conmigo! Vete a tu rincón. ¡Mira que te doy un zapatazo!

Otra vez María Tolete se vistió maravillosamente y se presentó al baile, y otra vez todos quedaron deslumbrados con su belleza. El joven bailó con ella, le murmuraba palabras de amor y le regaló un anillo. Por tercera vez le preguntó:

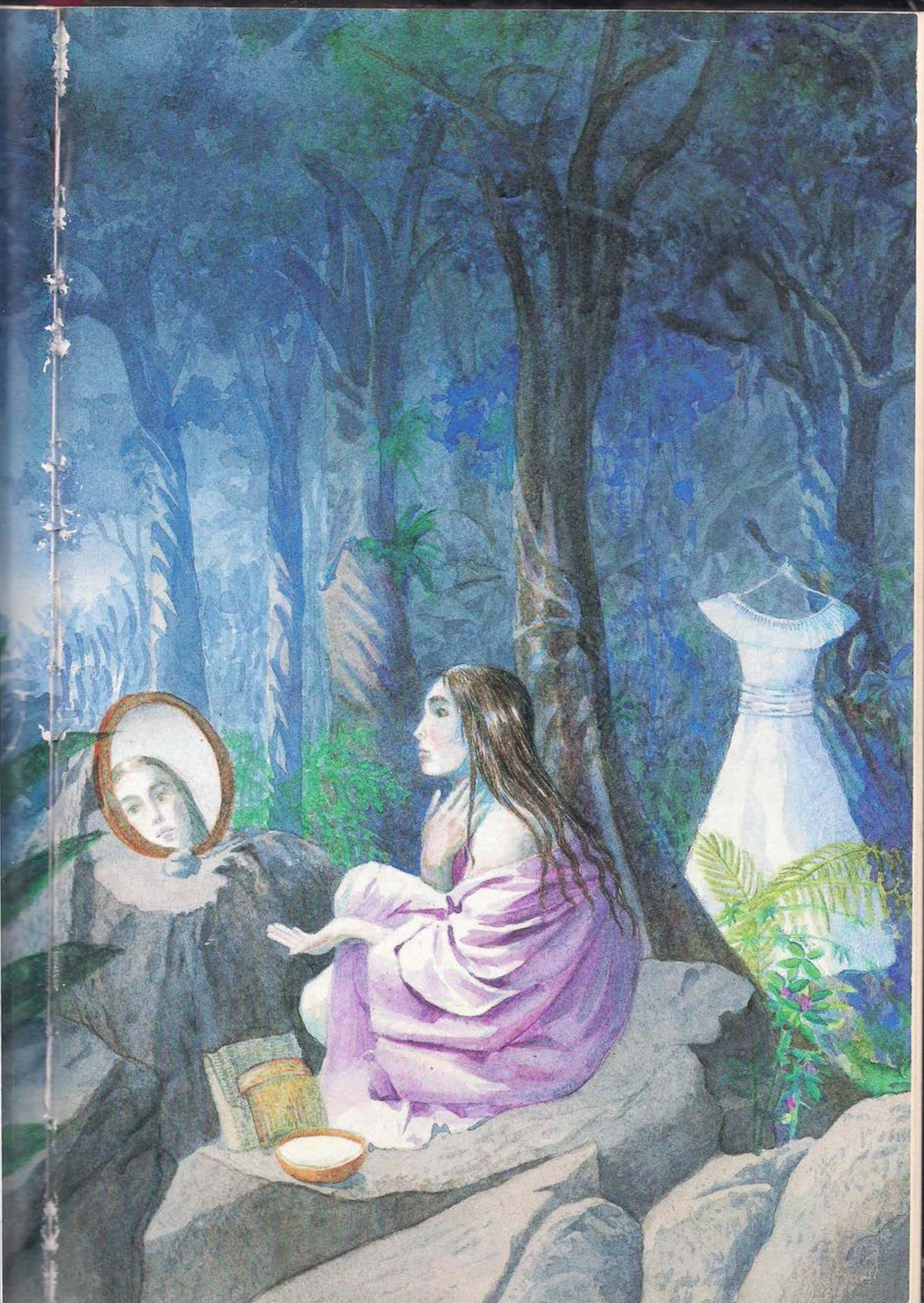
– ¿Dime, de dónde eres tú?

– Ay, ay, ay, vengo de lejos, muy lejos. Vengo de la ciudad del Zapatazo.

Pero como el joven estaba casi loco de pasión por ella, no se dio cuenta de lo que querían decir sus palabras.

Al regresar a su casa, el joven despertó a todo el mundo para contarle lo bella que era la joven desconocida, y al día siguiente la buscó por toda la hacienda y los pueblos vecinos sin poderla





encontrar. Tan triste se puso, que cayó enfermo. No había remedio que lo sanara, ni plegaria que le hiciera recobrar las fuerzas.

María Tolete entonces le pidió permiso a la señora para hacerle el atol al enfermo. La señora se puso fúrica.

– ¡Cómo va a querer mi hijo el atol que tú le hagas, niña! A él le gusta el que le hace su propia madre.

Pero María Tolete se le pegó atrás a la señora y tanto insistió, que la señora, fastidiada, le dio su consentimiento.

María Tolete preparó el atol, y sin que nadie la viera, puso el anillo dentro.

Mientras tomaba el atol, el joven suspiraba:

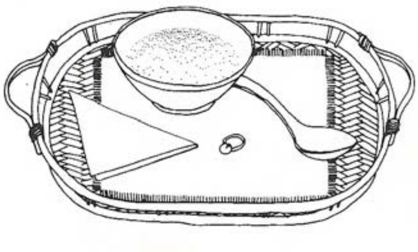
– ¿Qué atol más sabroso, madre? –Y al encontrar el anillo, sorprendido preguntó:

– ¿Madre, quién hizo este atol?

– Lo hizo María Tolete. ¿Por qué lo preguntas?

Pero antes de que el joven pudiera responder, apareció en el cuarto María Tolete, con un lindo vestido, limpia, perfumada y con el cabello recogido.

Y el joven sanó ahí mismito. Y se casó con ella. Y fueron muy felices.



el Pájaro Grifo

Versión de Carmen Heny
con ilustraciones de Heinz Rose

ERA UNA vez un rey que tenía una sola hija a quien quería mucho, pero que le causaba mucha tristeza, porque siempre vivía enferma; el rey ya había consultado a todos los sabios y brujos del reino y nadie sabía lo que tenía.

Un buen día llegó a palacio una viejita pobremente vestida. Al verla, el rey pensó que venía a pedirle algo, pero ella sólo dijo:

– Si tu hija come de las manzanas del huerto más lejano, se curará. –Y luego desapareció.

Entonces, el rey mandó publicar por todo el reino que ofrecía a la princesa en matrimonio a aquel que trajera las manzanas del huerto más lejano y la curara.

El dueño del huerto era un viejo campesino con tres hijos: Teodomiro, el mayor; Nicanor, el segundo y Juan, el menor. El viejo le dijo a Teodomiro:

– Vete mañana mismo. Recoges las manzanas más bonitas, te vas al palacio, y si la hija del rey se cura, tú serás rey también.

Muy temprano, se acomodó Teodomiro con su cesta llena de las mejores manzanas y emprendió su camino al palacio. Había caminado muchas leguas cuando en un recodo del camino encontró

una viejita.

– ¿Qué llevas en esa cesta, muchacho? -le preguntó. Y Teodomiro, que era pretencioso y berraco, le contestó:

– Paticas de rana.

– Así sea y así se quedarán –contestó cariñosamente la viejita.

Por fin llegó al palacio donde anunció que traía las manzanas para la hija del rey. Lo mandaron a pasar de inmediato y el mismo rey lo acompañó al cuarto de la princesa, pero, cuál no sería su sorpresa al destapar la cesta. Sólo había patas de rana. Furioso, el rey lo botó del palacio, creyendo que se burlaba.

Al llegar a la casa, contó a su padre lo que había pasado y entonces el viejo campesino mandó a Nicanor, que era el más avispado, y le dijo lo mismo:

– Sal temprano y llévale las manzanas a la hija del rey, y si se cura, tú serás rey también.

Y así lo hizo Nicanor. En un recodo del camino encontró a la misma viejita:

– ¿Qué llevas en la cesta? –le preguntó.

Y Nicanor, como era tan engreído, le contestó:

– Paticas de cochino.

– Así sea y así se quedarán –contestó la viejita con una sonrisa.

Nicanor llegó al palacio sintiéndose ya rey y anunció que traía las manzanas para curar a la princesa, pero como ahora desconfiaban, no lo dejaron entrar. Después de mucho pedir, le abrieron la puerta cautelosamente, y cuando destapó la cesta en el cuarto de la princesa... sólo había patas de cochino. Furioso, el rey lo mandó a

sacar a palos.

Al llegar a su casa le contó a su padre lo que había pasado, y Juan, quien había oído todo, pidió permiso para llevar él las manzanas a la hija del rey. Mucho trabajo le costó convencer al viejo campesino.

– ¿Si tus hermanos fracasaron, qué vas a lograr tú que eres tan bobo?

Pero Juan tanto rogó, que lo dejó ir.

Juan se levantó de madrugada, tomó las manzanas más bellas del huerto y echó a andar. Al igual que sus hermanos, encontró a la viejita en un recoveco del camino, y se sentó a descansar con ella.

– ¿Qué llevas en la cesta? –le preguntó.

– Manzanas para curar a la hija del rey -contestó Juan.

– Así sea y así se quedarán. -Y la viejita desapareció.

Feliz y confiado, llegó Juan a las puertas del palacio, pero esta vez sí que no había forma de que lo dejaran entrar. Por fin, despúes de mucho rogar, le abrieron las puertas, y el rey dijo:

– Si me engañas, no saldrás vivo de aquí.

Juan pidió que lo llevaran al cuarto de la princesa y delante del rey destapó la cesta. ¡Qué sorpresa! Allí estaban las manzanas más bellas y jugosas. Apenas la princesa probó una, salió brincando y saltando de su cama y abrazó a su papá.

El rey se contentó, pero como era muy egoísta, empezó a inventar excusas para que Juan no se casara con su hija.

– Antes de casarte con mi hija, debes traerme una pluma de la cola del Pájaro Grifo, que es el ser más poderoso de la tierra.

Y de nuevo, Juan emprendió su camino. La noche lo sorpren-

dió cerca de una gran casona y como estaba tan oscuro y él tan cansado, tocó la puerta. El dueño le preguntó para dónde iba y Juan le contó que iba a sacarle una pluma de la cola al Pájaro Grifo para poder casarse con la hija del rey.

– Pues pasa adelante y duerme aquí –respondió el dueño–. Y quisiera pedirte un favor. Dicen que el Pájaro Grifo todo lo sabe. A mí se me ha perdido la llave del baúl donde guardo mis tesoros. Pregúntale dónde está.

– Así lo haré –dijo Juan, y muy temprano siguió su camino. A la noche siguiente llegó a una finca y tocó la puerta. El dueño le preguntó que dónde iba y Juan le contó la historia del Pájaro Grifo.

– Pues pasa adelante y duerme aquí, -respondió el dueño-. Y si me puedes hacer el favor, pregúntale al Pájaro Grifo el remedio para curar a mi hija, que cada día está más enferma y nada la mejora.

– Así lo haré –dijo Juan y siguió su camino.

Al mediodía encontró que tenía que atravesar un gran lago, pero no había barco, sólo un hombre grandote que cargaba a la gente al otro lado. El hombrezote le hizo la misma pregunta y Juan le contó del Pájaro Grifo.

– ¡Ay! –suspiró el hombre–. Si tú pudieras preguntarle al Pájaro Grifo cómo hago yo para no tener que estar toda mi vida pasando y pasando gente de un lado a otro.

– Así lo haré –dijo Juan.

Por fin, llegó a la cueva del Pájaro Grifo, y cuál no sería su sorpresa, al ver en la puerta a la misma viejita de las manzanas.

– ¿Qué haces tú aquí, muchacho? ¿No sabes que el Pájaro

Grifo come gente? Cuanto cristiano se aparece por aquí lo devora sin piedad.

– Vengo a buscar una pluma de su cola, para poder casarme con la hija del rey –dijo Juan–. Y además a preguntarle tres cosas: que dónde está la llave del baúl del dueño de la casona donde pasé la primera noche; que cuál es el remedio para curar a la hija del finquero donde pasé la segunda noche, y qué puede hacer el hombre que pasa a la gente de un lado a otro del lago, para dejar de pasarla.

– Muchacho, no se te ocurra semejante cosa. Ni resuelles cuando estés aquí. Yo le preguntaré todo eso y tú pon cuidado con lo que conteste, no te vayas a enredar –replicó la viejita –. Ahora acurrúcate debajo de su cama, que ya no demora, y no te asustes cuando sientas el ruido que hace, como si todo el cerro temblara. Cuando sientas que está bien dormido, y me haya contestado todas las preguntas, sales calladito y de un solo tirón le arrancas la pluma. Ya lo sabes.

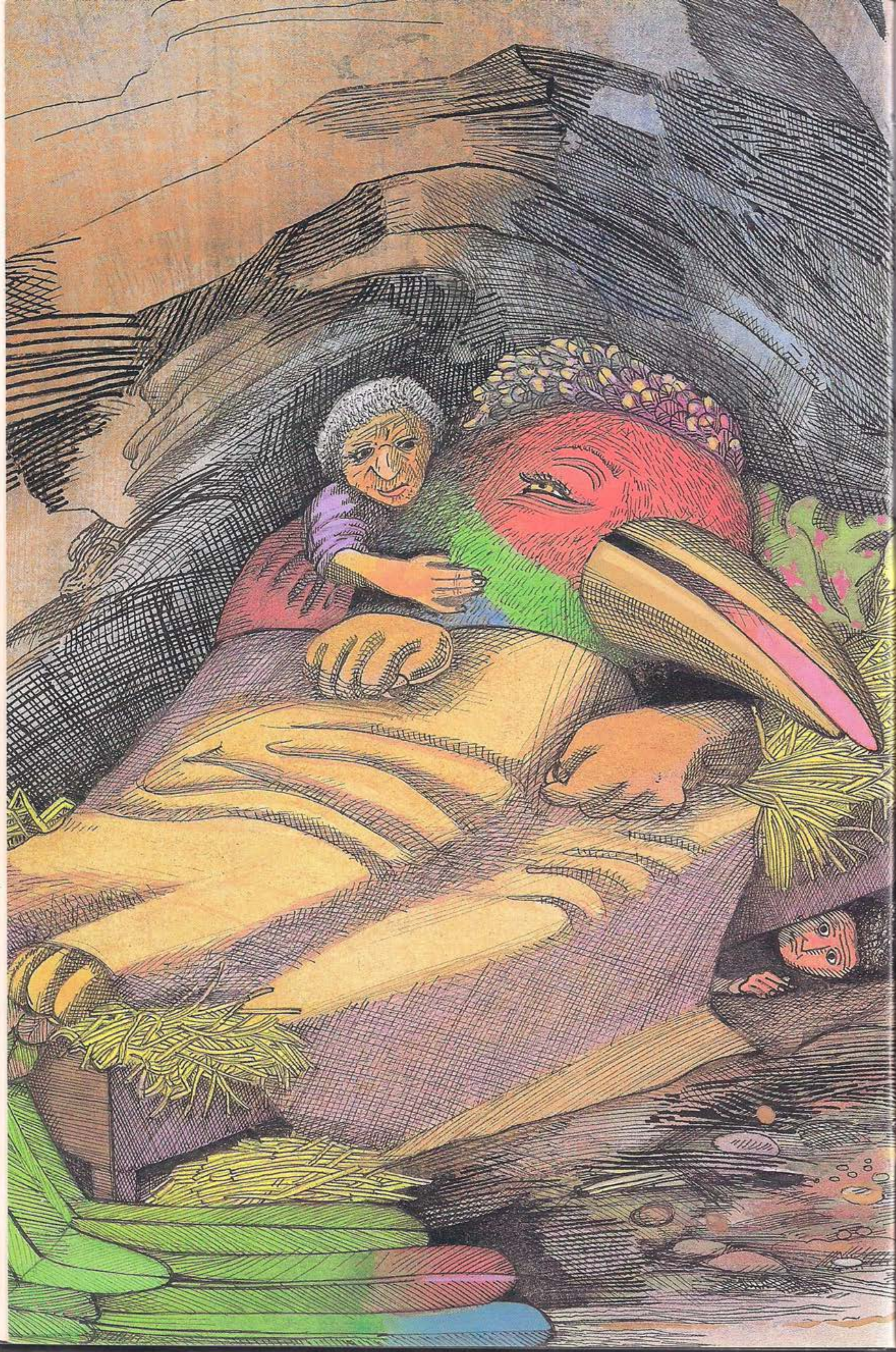
No tardó mucho rato cuando se oyó ese zaperoco y llegó el gran pájaro a su nido, muerto de hambre, como todos los días.

Apenas abrió la puerta gritó.

– ¡ME HUELE A CARNE HUMANA! Vieja, ¿dónde está el cristiano que voy a comerme?

– Qué cristiano ni qué cristiano –repuso la viejita–. Aquí no ha venido nadie, pero te tengo comida sabrosa.

El pájaro se hartó con todo lo que le puso la viejita, pero no sabía que ella le había echado unas hierbitas que daban sueño, y apenas se acostó en la cama se quedó dormido. Pero no duró mucho



la dormida, porque ese pájaro era muy sabido y volvió con el tema.

– Vieja, ¡ME HUELE A CARNE HUMANA!

– Quieto, quieto mi pájaro –la viejita le sobaba la cabeza–. Sí, es verdad que aquí vino hace días un cristiano hablando paja y preguntando dónde estaba la llave del baúl de la casa grande.

– Ah, zipote ese, ¿acaso no sabe que la llave está debajo del tronco de madera donde se guarda la leña?

– También preguntó cómo curar a la hija del finquero que está enferma y nadie la puede curar.

– Ah, pendejo, no sabe que al pie de la mata de mamón debajo de una piedra hay un sapo que hizo su nido con pelo de su hija. Si ella lo recoge, se curará.

– Y preguntó que qué puede hacer el hombre del lago para dejar de pasar a la gente de un lado a otro.

– ¡Qué bobo! Simplemente que deje caer al que lleva en medio del lago y será libre.

Por fin el Pájaro Grifo se cansó de tanto hablar y empezó a roncar. Juan, de un solo tirón, le arrancó la pluma y salió de la cueva. Afuera, le dijo adiós y gracias a la viejita y echó a andar lo más rápido que pudo.

Al llegar al lago, le preguntó el hombre:

– ¿Qué noticias me traes?

– Te lo diré del otro lado –contestó Juan. Y en la otra orilla le dijo:

– El próximo pasajero lo sueltas en medio del lago y ese día se acabó tu trabajo.

Al llegar a la finca el finquero le preguntó:

– ¿Qué noticias me traes?

– Llévame al cuarto de tu hija y verás.

– Allí Juan cargó a la muchacha y la llevó bajo la mata de mamón donde levantó la piedra y ahí estaba el sapo con su pelo. Ella cogió el pelo y de un salto salió a abrazar a su padre, curada para siempre.

– ¿Cómo puedo recompensarte? –gritó el padre lleno de alegría.

– Con nada –dijo Juan que quería seguir su camino, pero el finquero le dio chivos, ovejas y mucho dinero, y con toda esa riqueza Juan siguió su camino.

En la puerta de la casona, el dueño le preguntó:

– ¿Qué noticias me traes?

Juan fue directo al cuarto de la leña y levantó el tronco. Juntos abrieron el baúl y Juan nunca había visto tantas joyas ni tanto oro. El dueño agradecido, le regaló un pocotón de oro, pero para Juan el tesoro más grande era la pluma del Pájaro Grifo.

Por fin llegó otra vez al palacio y nadie podía creer que era el mismo Juan con tantos chivos y tanta riqueza. Al rey no le quedó más remedio que celebrar el matrimonio de Juan y la princesa, pero como era tan ambicioso le preguntó a Juan cómo había conseguido todo eso, y Juan, que ya estaba fastidiado del pedazo de rey, le contó que se lo había dado el Pájaro Grifo.

El rey no esperó ni un momento y emprendió su camino, y dio la casualidad que fue el primer viajero en cruzar el lago después de Juan. El hombrezote lo cargó y lo echó en el medio, y allí se quedó, y Juan y la princesa fueron felices para siempre.

Onza, Tigre y León

Versión de Rafael Rivero Oramas
con ilustraciones de María Fernanda Oliver

HABIA UNA vez un hombre viudo que tenía dos hijos, un varón y una hembra, llamados Pedro y Elena. Vivían los tres en una casita, cerca de una montaña. No muy lejos de allí, vivía una muchacha que cada vez que los niñitos pasaban por su casa los obsequiaba con sopita de miel. Y Pedro y Elena le decían a su papá:

–Cásate con esa muchacha, que es muy buena y nos da sopitas de miel.

Y el papá siempre les contestaba:

–Mis hijitos, primero la miel y luego la hiel.

Pero tanto le dieron los muchachitos al papá hasta que lo convencieron y se casó con la muchacha.

Pasaron un tiempo felices, pero luego la mujer empezó a protestar por los niños, y todos los días tenía quejas de ellos.

Una noche le dijo la muchacha al marido que quería que botara a los niños. El hombre se negó; pero todos los días la mujer le repetía lo mismo, hasta que al fin el hombre le dijo que sí, que los llevaría a la montaña y allí los dejaría abandonados.

Pero Pedro, que era un muchacho muy avispado y que veía el cambio que había tenido la muchacha con ellos, oyó la conversación y por la mañana cuando el padre les pidió que lo acompañaran a la montaña a buscar leña, se llevó una taparita llena de ceniza. Así, mientras se internaban en la montaña, Pedro iba regando ceniza por todo el camino.

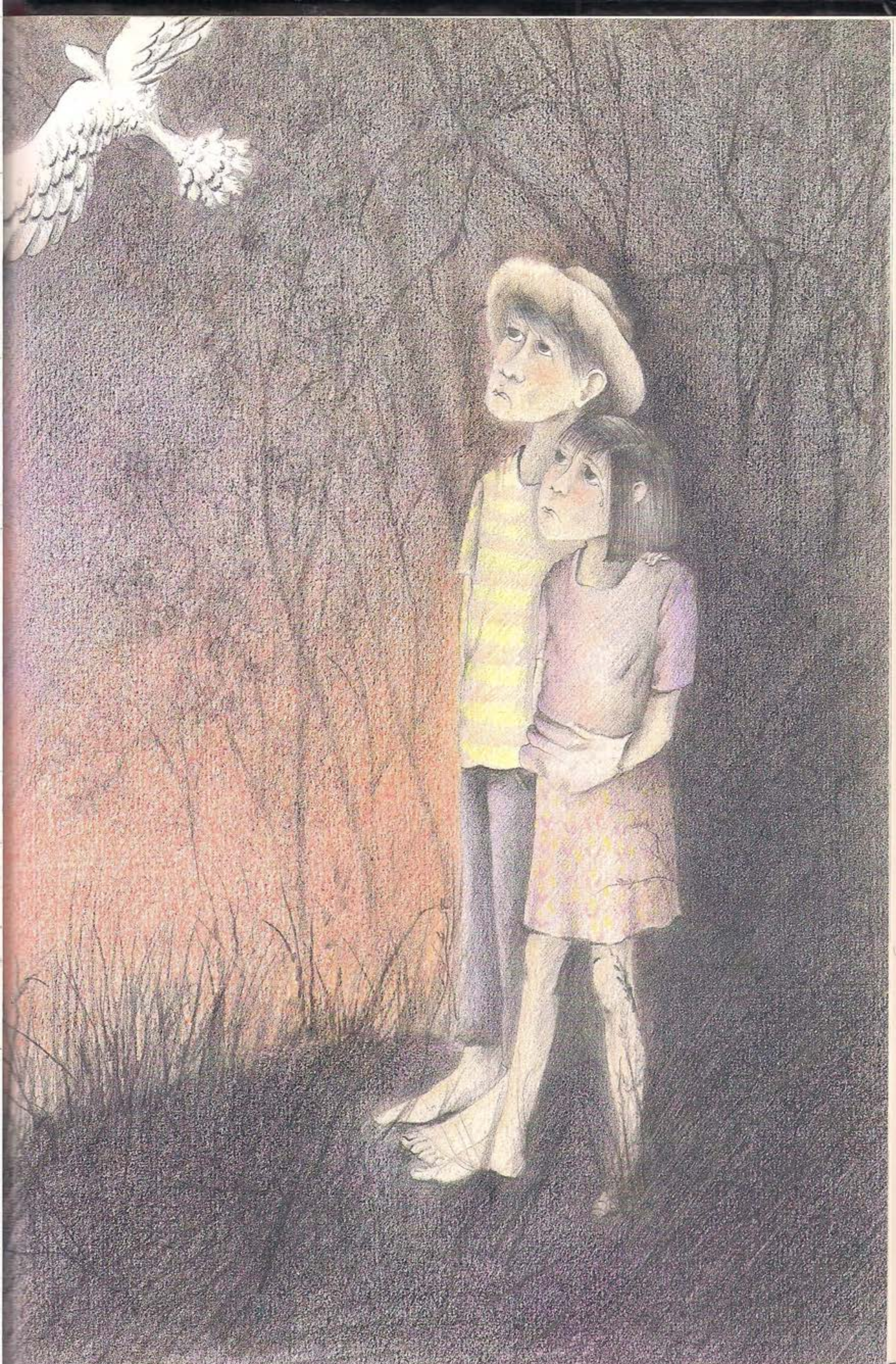
Cuando los niños estaban entretenidos recogiendo leña, el padre los abandonó. Pedro y Elena, al verse solos, decidieron volver a su casa y siguiendo el rastro de ceniza llegaron sin contratiempo. Cuando la mujer los vio, se disgustó muchísimo y le dijo al marido que tenía que llevarlos más lejos.

Al día siguiente, bien de madrugada, el padre los levantó para que lo acompañaran a cazar. Los niños llenaron esta vez la taparita de maíz. Y fueron regando el camino de granos.

Cuando ya estaban en medio de la montaña, el padre les dijo que se quedaran allí, mientras él iba a cazar unos chigüires. Cuando ya estaba anocheciendo, Pedro y Elena decidieron regresar guiándose por el maíz, pero entonces se dieron cuenta de que los granos se los habían comido las palomitas y se encontraron perdidos en aquella oscura montaña.

Entonces Pedro se subió al copo del árbol más alto y desde allí pudo ver una lucecita. Caminaron en esa dirección hasta llegar a una casita. Se acercaron con mucha cautela y vieron que dentro había una vieja tuerta que estaba friendo tajadas y carne.

Pedro se le puso del lado de que era tuerta y empezó a robarle carne y tajadas. La vieja creía que era el gato el que le estaba robando la comida y le decía:



Sípiri, gato,
cómete lo gordo
y déjame lo flaco.

Pedro llenó el sombrero de comida y le llevó a su hermana, que se había quedado aguardándolo cerca de la casita.

Pedro le contó a Elena cómo había conseguido la comida y ella insistió en ir a buscar más. Pedro no quería, pues ella se reía de todo; pero al fin la dejó ir con él.

Elena hizo lo que su hermano, se puso a robarle tajadas y carne a la vieja y ésta, creyendo que era el gato, dijo:

Sípiri, gato,
cómete lo gordo
y déjame lo flaco.

La niña no pudo aguantar la risa y soltó la carcajada. Entonces la vieja le dijo:

–¡Ah! ¡Si son mis hijos, vengan acá!

Y los cogió y los metió en un cuarto oscuro, donde les daba comida todos los días para que engordaran. Y todos los días les decía que sacaran un dedito por un agujerito que había en la puerta para ver cuánto habían engordado.

Pero Pedro había encontrado un ratón y le quitó el rabo, y todos los días cuando la vieja les pedía que sacaran el dedito, ellos sacaban el rabito del ratón. Cuando la vieja tocaba el rabito siempre decía:

–¡Ay, mis hijitos, si están bien flaquitos!

Un día, mientras jugaban, se les perdió el rabito de ratón y cuando vino la vieja tuvieron que sacar el dedito. Entonces ella dijo, asombrada:

–¡Ay, mis hijitos, de la noche a la mañana se pusieron gordos!

Enseguida, los sacó y prendió el horno y mandó a los niños a buscar más leña. En el camino se encontraron con una viejita que les preguntó adónde iban. Pedro y Elena le dijeron que la vieja que vivía en la casita les había mandado a cortar leña. La viejita les dijo que aquella vieja era una bruja mala, que se comía a los niños. Y agregó:

–Cuando lleguen, ella los va a mandar a bailar en la boca del horno. No lo hagan, díganle que ustedes no saben, que les enseñe primero. Cuando esté bailando, la empujan dentro del horno. Cuando esté convertida en cenizas, formen tres montones con ella y llaman "Onza, Tigre y León". Aparecerán tres perros y ellos serán sus compañeros y guardianes. Cuando se vean en apuros sólo tienen que llamarlos y estarán junto a ustedes.

Los niños le dieron las gracias a la viejita y regresaron a la casa de la vieja bruja. Y pasó todo como lo había dicho la viejita. Cuando llegaron, la vieja los mandó a bailar y ellos le dijeron:

–No, mamá vieja; baile usted primero para aprender; nosotros no sabemos bailar.

Y mientras la vieja estaba bailando, la empujaron dentro del horno. Con las cenizas hicieron tres montoncitos y llamaron:

¡Onza, Tigre y León!

Aparecieron los tres perros y con ellos de compañeros se pusieron en camino. Caminaron y caminaron y llegaron a un pueblo, entraron en él y vieron que estaba desierto. En la puerta de una casa encontraron a una viejita y le preguntaron el porqué de su soledad, y ella les explicó que todos los habitantes se habían ido, huyendo de una gran serpiente de siete cabezas, que todos los días salía de un río cercano y se llevaba a una señorita y se la comía. Y precisamente en este día la víctima sería la hija del rey, quien era la única señorita que quedaba en el pueblo.

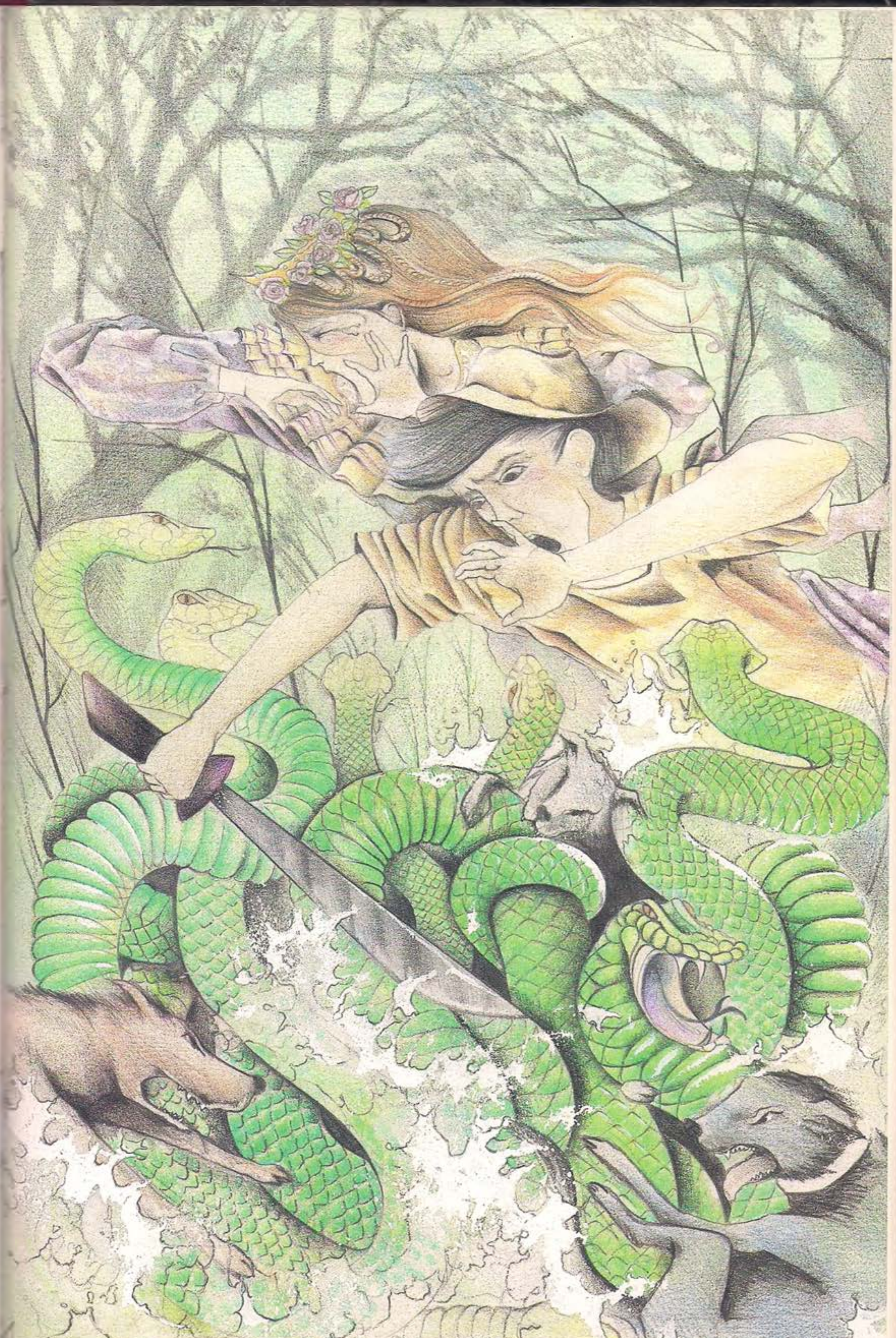
El rey había publicado en los periódicos que al que salvara a su hija se la daría en matrimonio. Pedro, bien enterado de todo, se encaminó al río. Y vio a la princesa sentada en una piedra aguardando a la serpiente. En ese momento salió del medio del río la temible serpiente de siete cabezas y Pedro llamó:

¡Onza, Tigre y León!

Al instante aparecieron los tres perros que ayudaron a Pedro en su lucha con la serpiente y la mataron.

Pedro, entonces, le sacó a la serpiente las siete lenguas de las siete cabezas. Y la hija del rey le dio las gracias y se fue corriendo a comunicar la nueva a su padre.

Un hombre que pasó por allí y vio la serpiente muerta, le cortó las siete cabezas. Después fue a casa del rey y le dijo que él había dado muerte a la serpiente, prueba de lo cual eran las siete cabezas que traía en un saco; y que venía a casarse con la princesa en premio a su hazaña.



Pero la princesa porfiaba que aquel no era el que había matado a la serpiente, y que no se casaría con él.

Pero el rey le dijo:

–Tienes que casarte con él, pues yo empeñé mi palabra. Prometí que el que te salvara, se casaría contigo.

Y se preparó la boda, con grandes fiestas. El día en que se efectuaba el matrimonio, se presentó Pedro y le dijo al rey:

–¿Qué pruebas le ha dado este hombre de haber dado muerte a la serpiente?

Y el desconocido sacó las siete cabezas y las dejó rodar en el suelo.

Y Pedro le dijo:

–Abrele la boca a las siete cabezas.

Cuando el hombre les abrió las bocas, se vio que no tenían lenguas.

Y preguntó Pedro:

–¿Dónde están las siete lenguas?

Y dijo el impostor:

–Se las comieron las hormigas.

Entonces Pedro sacó las siete lenguas del bolsillo y se las presentó al rey. Al hombre lo hicieron preso por mañoso. Y la princesa y Pedro se casaron y fueron felices.

Y yo me fui para mi casa a contar el cuento.



el Pájaro que habla, el Arbol que canta y la Fuente de Oro

Versión de Carmen Heny
con ilustraciones de Irene Savino

ESTE ERA una vez un rey, que nunca se había casado, y vivía en un castillo lleno de animales y árboles. Lo que más le gustaba era ir al bosque a cazar. Un día, se fue de cacería y al pasar por un pueblito oyó unas voces que salían de la casa donde vivía una viuda con sus tres hijas: la mayor, la mediana, y la más chiquita.

– Si ustedes se pudieran casar con quien quisieran, ¿con quién lo harían?– preguntó una.

–Yo me casaría con el panadero del rey, así siempre tendría pan– dijo la mayor.

–Pues yo con el cocinero– dijo la segunda–. Así nunca tendría hambre.

Y la más chiquita, que era la más avispada, dijo:

–Pues yo, me casaría con el rey.

Al rey le dio mucha curiosidad lo que estaba escuchando y entró para ver a las hermanas. Le pareció que la más chiquita era el ser más lindo que había visto, así que les dijo:

–Sus deseos serán cumplidos.

Inmediatamente buscó al panadero y al cocinero y los casó con la hermana mayor y la mediana, y él se casó con la más chiquita.

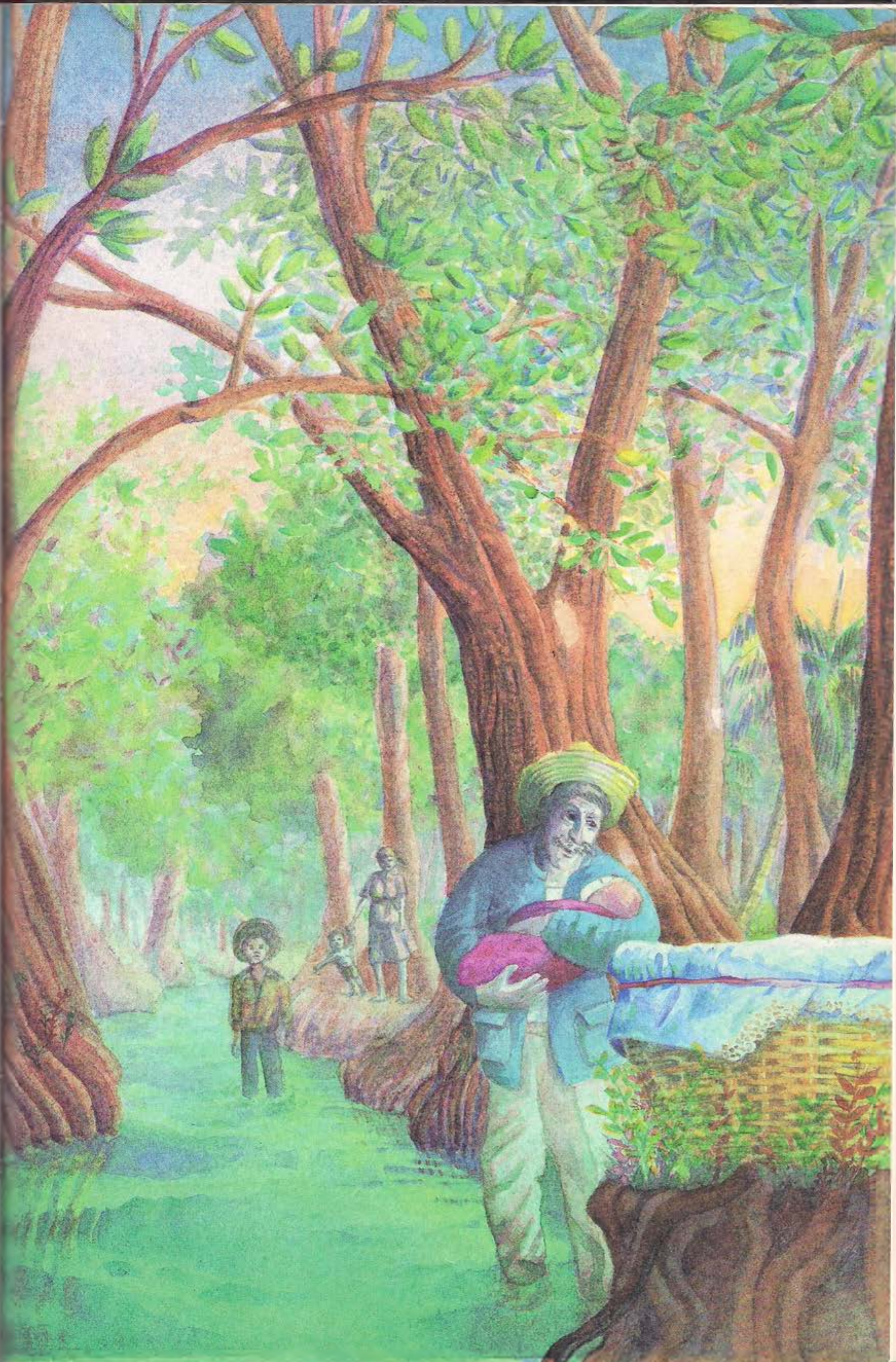
Pasaron un tiempo felices y ella tuvo su primer hijo, un varón. Pero las hermanas se volvían cada día más envidiosas.

–¿Por qué nosotras tenemos que vivir con un panadero y un cocinero y ella vive en un palacio y tiene todo? ¡Guá! –decían.

Y aunque a ellas el rey les había dado unas casas muy lindas, les fue creciendo y creciendo la envidia. Entonces, la mayor que era la más envidiosa, resolvió robarse al muchachito. Lo metió en una cestica y lo puso a la orilla del río creyendo que se iba a ahogar. Pero la corriente se llevó la cesta, que se quedó varada en un recoveco del río, justamente donde vivían un viejo y una vieja campesinos que nunca habían tenido hijos, y que siempre solían ir al río de tarde. El viejo campesino encontró la cesta y se la llevó a su mujer. Y qué alegría cuando descubrieron lo que había adentro. Así, cogieron al muchachito y lo criaron.

Al poco tiempo nació otro varón. El rey estaba todo preocupado ya que se había desaparecido el primero y nunca lo habían encontrado. Puso vigilancia por todas partes, pero nunca se le ocurrió vigilar a las dos hermanas. Entonces, la segunda, que también se estaba volviendo más y más envidiosa, cogió al muchachito y le hizo la misma cosa. Lo metió en una cestica y pasó igual que con el primero. Los campesinos, que seguían yendo a la orilla del río al atardecer, volvieron a encontrar una cesta maravillosa. Ya tenían dos hijos.

Fue tal la desilusión del rey que se puso triste y flaco y empezó a mirar raro a su mujer.



Por fin nació una niñita, y el rey dobló la vigilancia, sin pensar nunca que eran sus propias cuñadas las que se llevaban a los niños. A los pocos días de nacida, la niñita desapareció. Y pasó lo mismo que con los dos varones.

El rey se desesperó y mandó a ofrecer una recompensa al que le diera información sobre sus hijos. La mayor, sigilosamente, se acercó a él:

–Majestad, no habíamos querido decírselo porque no nos iba a creer, pero nuestra hermana es una bruja. Siempre se ha alimentado de carne de bebés.

El rey, horrorizado, creyendo que se había casado con una bruja, mandó a meter a su mujer en una jaula. Ella no hacía más que llorar, pensando en sus hijos.

Ahí pasó largos años. Los muchachos crecieron en la finquita de los viejos, entre árboles y flores.

Hasta que un día, murieron los viejos campesinos y los tres hermanos se quedaron solos en la finca. Un día, oyeron contar de un cerro mágico donde había un pájaro que hablaba, un árbol que cantaba y una fuente de oro.

–Pues yo me voy a buscar eso, –dijo el mayor–. Eso es lo que nos falta a nosotros para no estar tan solos.

–No vayas –dijo la muchacha–. No vayas. Dicen que al que sube ese cerro lo insultan y le dicen horrores y se vuelve piedra.

Pero él se empeñó:

–No te preocupes por mí. Yo no me voy a dejar sugestionar.

Y le entregó su cuchillo.

–Todas las noches registra este cuchillo. El día en que esté

empañado es porque algo me ha pasado.

Ensilló su caballo y se fue.

Al llegar al pie del cerro encontró un viejito. Como había pasado tanto tiempo sin que alguien se atreviera a subir el cerro, el viejito tenía la barba blanquita y tan larga que no podía hablar, así que el muchacho se la cortó y arregló. Primero, el viejito le dijo que desistiera de subir ese cerro maldito de donde nunca nadie había regresado, pero él insistió y entonces el viejito le dijo:

– Voy a tirar esta bolita. Donde se pare, ahí te apeas de tu caballo, lo amarras y empiezas a subir la montaña. Pero no voltees para atrás porque si volteas para atrás, te vuelves piedra y más nunca volverás a salir de allí.

Y así se despidieron los dos y el viejito le deseó buena suerte.

Todas las noches la muchacha veía el cuchillo; pasaron los días y el cuchillo no se empañaba. Pero, de repente, una noche sacó el cuchillo y estaba empañado. Llorando, se lo contó a su otro hermano.

–Fíjate que yo no quería que él se fuera y ya ahora se murió o se volvió piedra.

Entonces el segundo le dijo:

–Yo voy a buscar a mi hermano. A mí no me pasa eso.

–No te vayas –lloraba la muchacha–. ¡No ves que te vas a volver piedra!

Pero él le dejó un rosario y le dijo:

–Todas las noches reza y cuando se te peguen las cuenticas unas a otras, es porque me pasó algo.

Triste, ella rezaba todas las noches su rosario y una noche

cuando fue a pasar una cuentica de la otra, estaban todas pegadas. Le entró una desesperación horrible y dijo:

–Ahora soy yo la que voy a ir.

Se cortó el pelo, se vistió con ropa de su hermano menor, se montó en su caballo y llegó donde estaba el viejito. El viejito se rió:

–No creas que no te conozco. Tú eres una mujer, tú menos vas a llegar. Si tus hermanos no llegaron, tú no llegarás nunca.

–Pues yo sí llego, porque yo quiero encontrar a mis hermanos.

–Bueno –el viejo encogió los hombros–. Voy a tirar esta bolita. Donde caiga, te apeas del caballo y caminas. Si no volteas hacia atrás, quizás puedas llegar adonde están el pájaro que habla, el árbol que canta y la fuente de oro.

La muchacha empezó a subir. Lo que le decían las voces era mucho peor de lo que le habían dicho a sus hermanos. Le decían:

¡Ya te vamos a clavar un cuchillo!
¡Cuidado!
¡Te pican los escorpiones!
¡Ahí viene la mano peluda!

Las cosas más horribles le decían. Los gritos eran espantosos, porque ese era un cerro maldito, encantado, para que nadie llegara donde estaba el pájaro que habla, el árbol que canta y la fuente de oro.

Una vez, casi volteó, pero fue así como una fuerza que tuvo y siguió, y siguió en medio de insultos y gritos. Ya llegando a la cima del cerro podía oír la música maravillosa del árbol. Por fin, casi sin

aliento, llegó al tope. Y ahí estaba el pájaro, con plumas de fuego, en una jaula dorada.

–Ecole cuá– dijo al verla–. Has triunfado. Has llegado. Ahora podrás recuperar no solamente a tus hermanos sino a todo ese pedregullero que hay ahí de toda la gente que se quedó. Antes que todo, llena esa jarra que hay ahí con agua de la fuente y vas echándole a cada piedra y verás cómo se vuelven lo que eran.

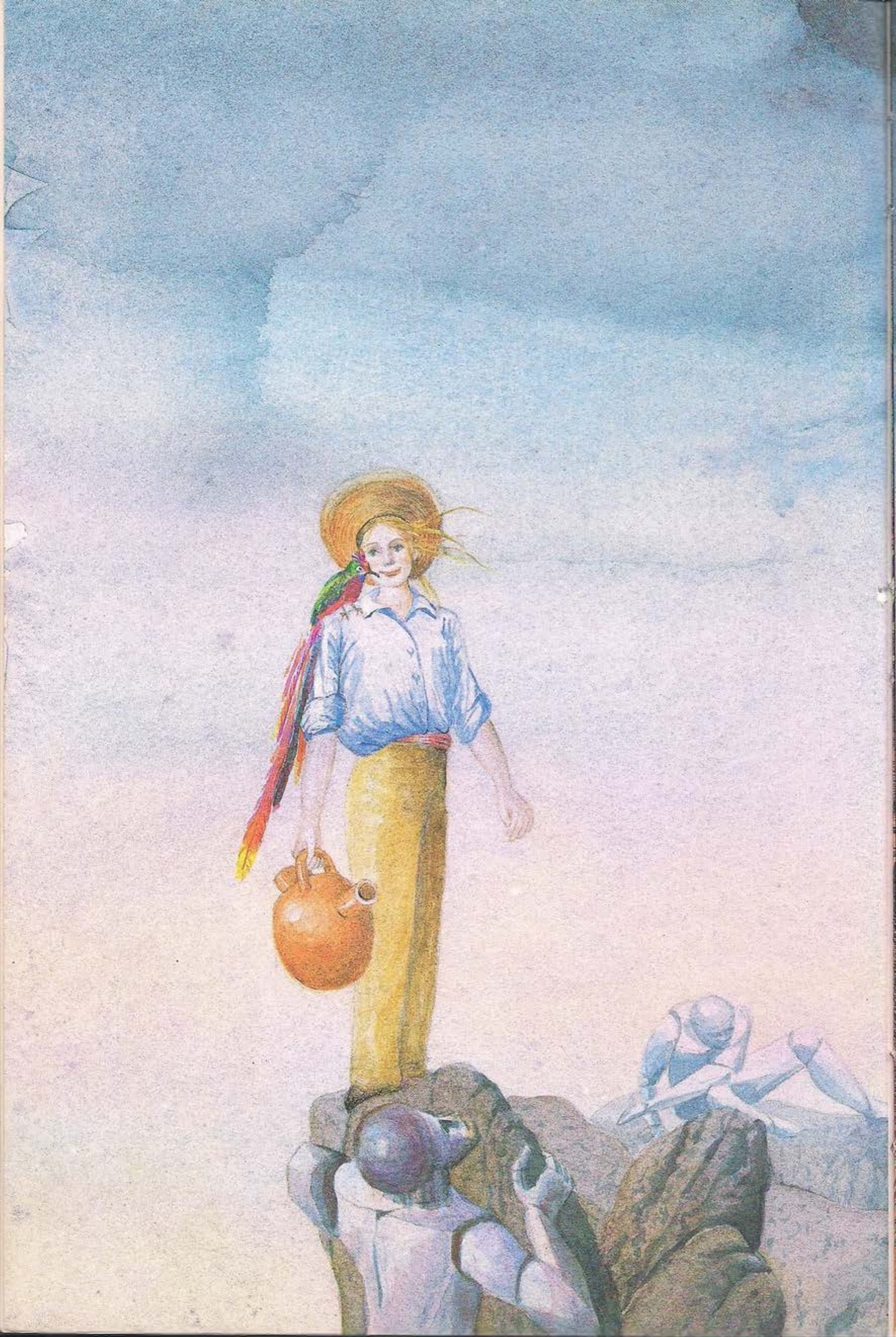
Así lo hizo. Y entonces empezó a salir una cantidad de gente que ella nunca había conocido. Hasta que por fin, una de las piedras se convirtió en su hermano mayor y más allá encontró a su otro hermano. Los dos se quedaron abismados de pensar que ella había tenido más fuerza de voluntad que ellos. Entonces el pájaro les dijo:

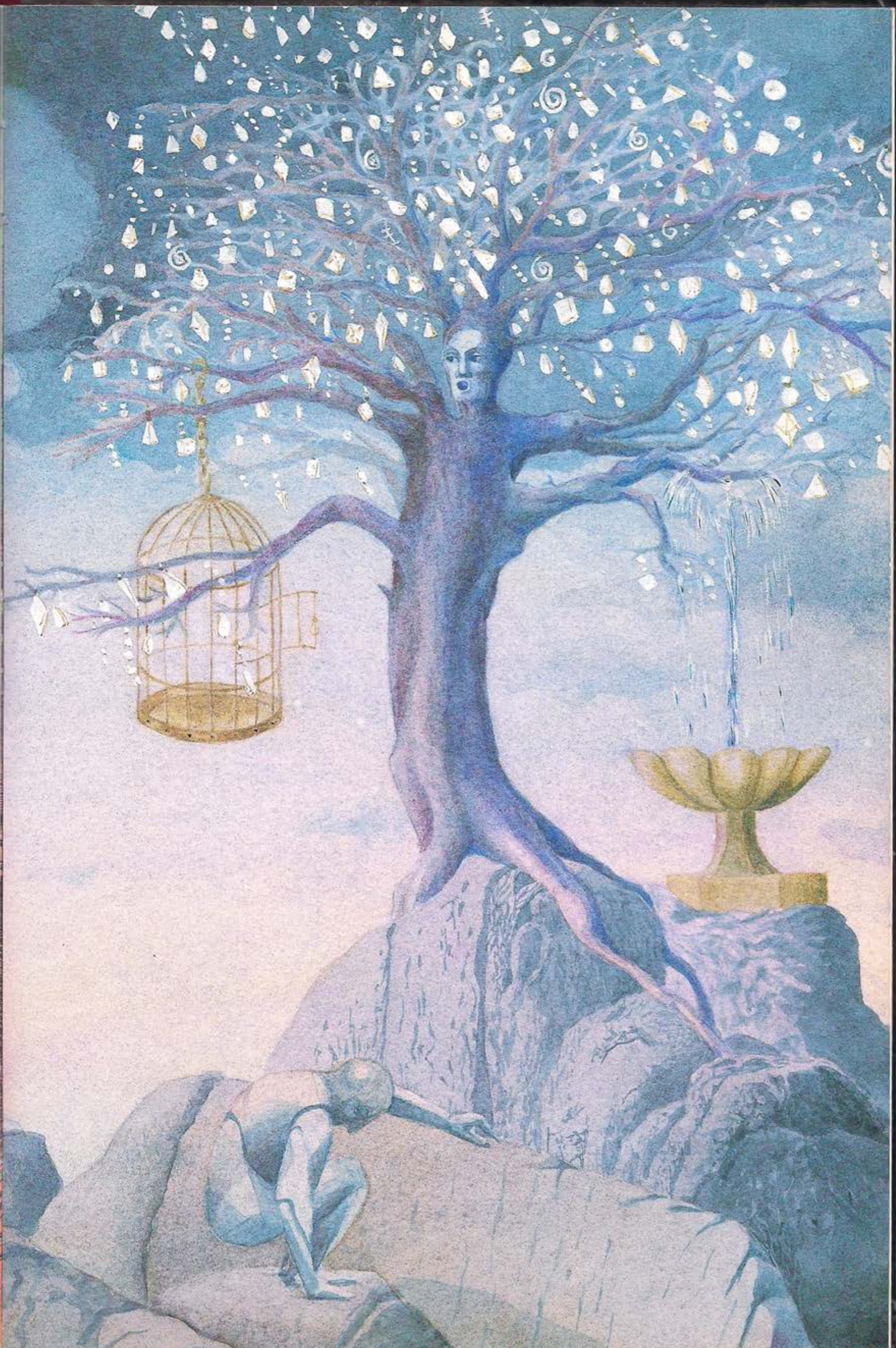
–Nosotros les pertenecemos a ustedes. Cojan una rama de árbol, porque no se lo van a llevar entero, y lo siembran en su casa y de la fuente se llevan esta misma jarra.

Bajaron los tres hermanos, felices y encantados. Sembraron su rama, vaciaron la jarra y brotó la fuente de oro, y el pájaro se volvió su guardián y su compañero que les aconsejaba en todo.

Los hermanos eran muy buenos cazadores y un día se fueron a cazar jabalíes. Dio la casualidad que el rey estaba en el mismo bosque cazando, pero ni él ni los grandes cazadores que lo rodeaban habían cazado ninguno. De repente, de la maleza apareció un jabalí que se abalanzó sobre el rey, pero el hermano mayor, que lo estaba persiguiendo, le tiró una flecha mortal. El rey preguntó que cómo podía recompensarlos y los hermanos contestaron que de ninguna manera.

–Por lo menos acepten una invitación para almorzar conmigo–





pidió el rey.

Al llegar a la casa le contaron al pájaro lo que les había pasado. El pájaro dijo:

–Sí, ustedes van a almorzar allá, pero a su vez van a invitar al rey para que venga a almorzar aquí.

Fueron los muchachos al palacio y allá le dijeron al rey:

–¡Ay! Nosotros quisiéramos que usted viniera a nuestra casa, que viera dónde vivimos. Tenemos una hermana, y un jardín y muchos animales.

El rey se fascinó con todo lo que le contaron los muchachos y aceptó la invitación. Pero cuando la hermana lo supo, se angustió mucho:

–Pero bueno, nosotros qué le vamos a dar de comer al rey si nosotros nunca hemos tenido nada comparable a lo que tiene el rey.

Y entonces habló el pájaro:

–No, no se preocupen. Hagan un hueco debajo del árbol que canta y ahí van a encontrar un cofrecito lleno de perlas. Le van a hacer unos pastelitos de perlas. Esos nunca los ha comido el rey.

Abrieron el hueco y de verdad había un cofrecito debajo del árbol. Entonces hicieron los pastelitos y todo lo que el pájaro les iba indicando.

Bueno, llegó el día señalado y el rey se apareció con todo su séquito. Pusieron la mesa con un mantel de encaje y las demás cosas que les iba descubriendo el pájaro.

–Lo primero que tienen que hacer, es pasear al rey por el jardín –susurró éste.

Y el rey dijo:

–¡Qué canto tan maravilloso! ¿Qué pájaros son esos que cantan así?

–No, majestad, ese es un árbol que canta.

–Pero, cómo va a ser –exclamó el rey–. Eso no puede ser, eso no puede existir.

Así que lo sentaron debajo del árbol y el rey se maravilló con su canto. No se quería ir de allí. Le parecía que estaba en un país encantado.

Después se lo llevaron a la fuente de oro, y dijo:

–Y esa fuente, es de oro. ¿Esto como que no se acaba nunca?

–Esa es la fuente del cerro encantado, – le dijeron. Y le contaron al rey que la habían conseguido junto con el árbol.

Llegó la hora de sentarse a comer y al rey le pareció muy raro que tuvieran a un pájaro como centro de mesa. El pájaro estaba callado, ni hablaba.

–¡Qué pájaro tan raro!, –dijo el rey–. ¡Y que plumaje tan lindo! Yo que me la paso en los bosques, que tengo tantas cosas, tantos pájaros, tantos animales, nunca he visto un pájaro como este.

Luego le sirvieron la comida, y al morder uno de los pastelitos exclamó asombrado:

–Pero, ¡pasteles de perlas! Nunca había visto nada igual!

–Esos también son del cerro, –contestaron los hermanos.

Y el pájaro callado.

–Yo no sé, –prosiguió el rey–. Yo nunca soñé ver lo que estoy viendo. ¡Es increíble!

Entonces el pájaro habló:

–Pues mire señor rey, no se admire de lo que ha visto. De lo

que se va a admirar ahora usted, es que está almorzando con sus tres hijos.

Al rey le dio como una cosa de la emoción.

–¡No! ¡Cómo va a ser!

Y el pájaro le contó todo.

–Esos son sus tres hijos, que sus cuñadas, cada vez que nacían, se los robaban, los metían en unas cesticas y los echaban al río. Los que recogieron a esos muchachos, unos viejos campesinos, ya se murieron, pero ellos se han criado muy unidos. Y la reina no tiene nada que hacer con lo que ha pasado y usted la ha tenido metida en esa jaula durante años y años. Llegó el momento de que usted sepa la verdad, se vaya de aquí y se lleve a sus tres hijos, al árbol que canta, la fuente de oro y me lleve a mí también y seremos todos felices juntos.

El rey casi no podía ni montarse otra vez en su caballo de la emoción.

–Aquí no se quedan ustedes ni un momento más, –insistió–. Nos vamos todos ya para el palacio, porque yo no puedo pensar que he tenido durante todos estos años a una mujer a quien tanto quise metida en una jaula.

Y los abrazó a todos, especialmente a su hija valiente.

Llegaron al palacio y lo primero que hicieron fue sacar a la reina de la jaula y contarle que esos eran sus tres hijos. A las hermanas envidiosas las metieron en un calabozo para el resto de la vida y ellos vivieron felices y contentos.

Tun, Tun, Tun, cayó en mi saco

Versión de Rafael Rivero Oramas
con ilustraciones de Heinz Rose

UNA MUJER, con su hijo recién nacido en brazos, había llenado una tinaja de agua en la orilla de un riachuelo. Pero la tinaja pesaba tanto y la mujer se sentía tan débil, que no podía alzarla.

Pasaron por allí tres hombres a caballo y la mujer les pidió que le alzaran la tinaja, pero ellos se negaron. Entonces, les dijo:

–Ya que no quieren ayudarme, al menos llévense a mi hijo para que llegue a ser un caballero como ustedes.

Los hombres discutieron un momento y luego aceptaron. La mujer les entregó el niño:

–Se llama José Roderico.

Uno de los hombres puso al pequeño en la grupa de su caballo y los tres partieron al galope.

Cuando ya caía la noche, llegaron a un caserón donde vivía una bruja con sus tres hijas. La bruja les recibió sonriendo y les preparó comida y cama en el gran cuarto donde también dormían sus tres hijas.

Antes de que se acostaran, José Roderico vio cómo la vieja

ataba grandes pañuelos listados a las cabezas de sus hijas. A medianoche, cuando ya los hombres se habían acostado y todos dormían, José Roderico saltó de su cama, quitó los pañuelos a las muchachas y se los amarró en la cabeza a los tres caballeros.

No pasó mucho tiempo cuando sintió venir a la bruja tanteando en la oscuridad. Tocó las cabezas de los viajeros, y como las encontró amarradas, siguió buscando. Al fin, llegó hasta las camas de sus hijas, y creyendo que eran los tres hombres, les dio unos tremendos golpes con una estaca.

José Roderico esperó un poco, y luego comenzó a dar alaridos. La bruja corrió a hacerlo callar para que no despertara a sus hijas:

–¿Qué te pasa, muchacho llorón?

–¡Ay, mamá vieja! Me duele mucho la barriga. Este es el dolor que siempre me da.

–¿Y con qué se te cura?

–Con agua de la quebrada del lugar donde nací, mamá vieja. Pero tiene que ser cogida con un manare.

–Ah Dios, pues. Deja de berrear que ya te la traeré.

La bruja salió a todo correr, busco el manare de colar mazamorra, se montó en su escoba y volando por los aires, llegó a la orilla del río. Allí empezó a coger agua. Y metía y sacaba el manare, pero el agua se le colaba por todos los huecos.

Apenas se marchó la bruja, José Roderico despertó a sus compañeros, les contó lo que había ocurrido y partieron todos al galope.

La vieja se fastidió de tanto meter y sacar el manare de la

quebrada, lo tiró lejos y regresó al caserón. Cuando llegó, ya era de día. Entonces vio a sus hijas con las cabezas golpeadas y cayó en cuenta de su equivocación. Se puso furiosa, tomó un inmenso saco y salió a perseguir a José Roderico y a los tres caballeros. Los divisó cuando llegaban al pie de un gran árbol.

Al ver a la bruja que se acercaba, José Roderico les dijo a sus compañeros que se subieran a las ramas más altas y que no se dejaran caer. Detrás de ellos, él también se trepó.

Cuando la vieja llegó al pie del árbol, abrió la boca del saco, lo puso debajo de las ramas en que estaban los viajeros y gritó:

¡Tun, tun, tun, cayó en mi saco!

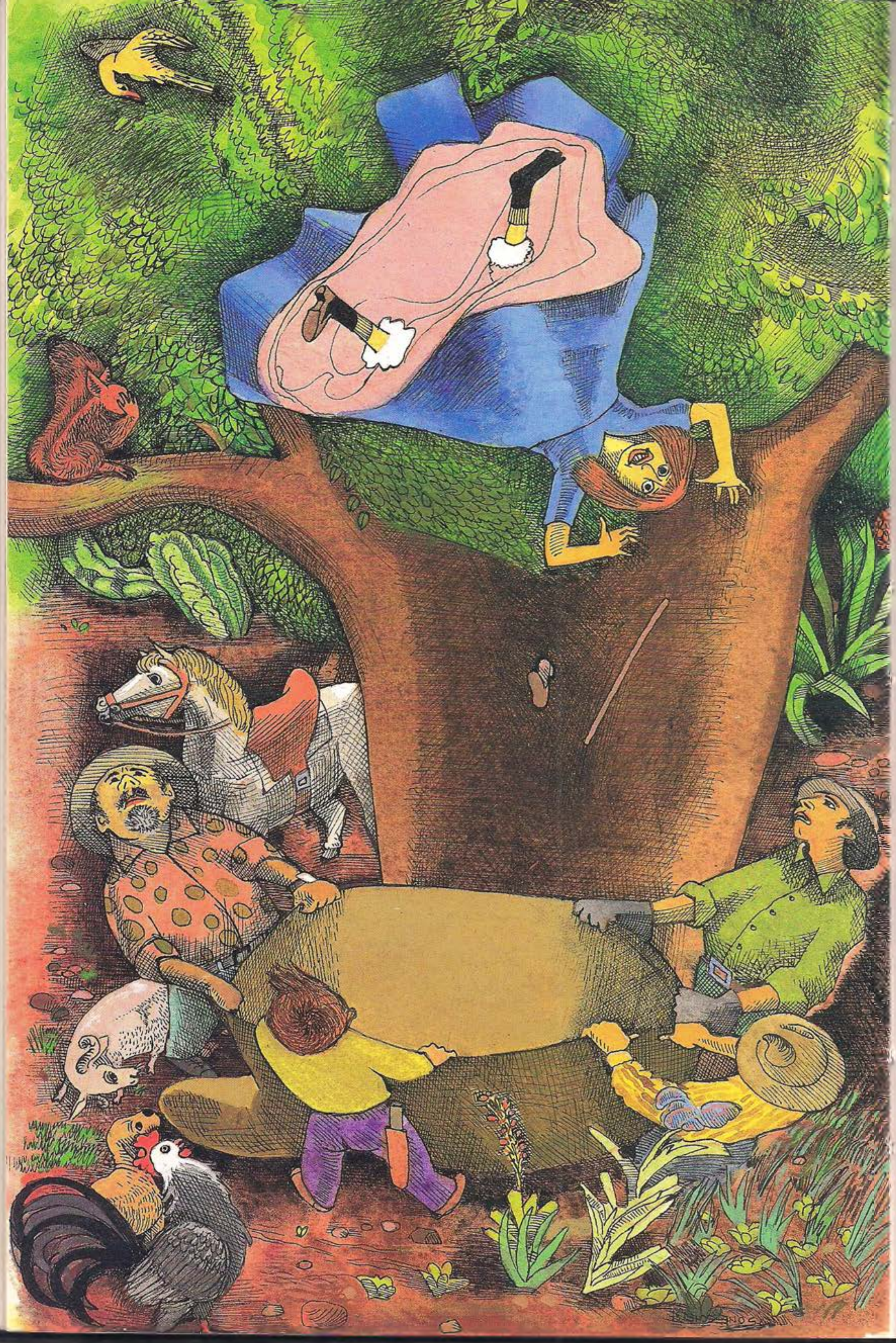
Y ahí mismo uno de los caballeros cayó dentro del saco. La vieja corrió a colocarse debajo de otro:

¡Tun, tun, tun, cayó en mi saco!

Y el segundo caballero fue a caer derechito al saco. Igual cosa pasó con el tercero. Pero José Roderico no se caía. La vieja se cansó de gritar sus palabras mágicas:

¡Tun, tun, tun, cayó en mi saco!
¡Tun, tun, tun, cayó en mi saco!

José Roderico agarrado a su rama, no aflojaba. La vieja se fue enojando cada vez más porque su magia no le servía con el



muchacho. Ató la boca del saco con un bejuco, lo dejó en el suelo y se trepó por el tronco del árbol. José Roderico se quedó tranquilo y cuando la bruja ya iba a saltarle encima, el muchacho brincó al suelo.

Liberó a los tres caballeros y en menos que canta un gallo, abrió el saco justo debajo de la rama en que estaba la vieja y gritó:

¡Tun, tun, tun, cayó en mi saco!

La bruja vaciló sobre la rama y después de tambalearse, se vino por los aires y dando gritos cayó de cabeza en el saco. Los cuatro amigos lo amarraron y le dieron a la bruja unos cuantos golpes.

Los tres caballeros preguntaron a José Roderico qué podrían hacer para agradecerle por haberles salvado la vida y el muchacho pidió que lo siguieran.

Cabalgaron todo ese día y al atardecer llegaron a un riachuelo donde una mujer llenaba una tinaja de agua. José Roderico miró a sus tres amigos:

–Ahora les diré qué pueden hacer por mí. Ayuden a mi madre a alzar la tinaja.

Y los tres caballeros alzaron la tinaja.



Acerca de los Autores

Carmen Heny, *nació en Caracas en el año del terremoto. Pasó su infancia en una hacienda donde de día rondaban los báquiros y de noche los cuentos. Es descendiente de Alejandro Benítez, fundador de la Colonia Tovar, pueblo labrado por colonos alemanes en 1848 al oeste de Caracas, y muchos de sus cuentos provienen de la tradición popular alemana. Fueron escuchados por sus abuelos en tierras europeas y transmitidos a sus hijos y nietos. A esta versiones, Carmen Heny añade su propio sabor criollo.*

Es una de las mujeres pioneras de Venezuela, famosa jardinera y amante de las flores y de la vida, y la primera mujer que manejó un carro en Caracas. Tiene una hija, tres nietos y 11 hijas adoptivas.

Es co-autora del libro ***Tun Tun, Quién Es*** *(Caracas, Ediciones Ekaré, 1986).*

Rafael Olivares Figueroa, *nació en Caracas en 1893 y murió en 1972. Fue poeta, ensayista, compilador y folklorista. Vivió muchos años en España y fue miembro fundador del "Frente Literario" de Madrid. Regresa a Venezuela en los años 30, donde se incorpora a los grupos vanguardistas, y junto con otros notables organiza el Instituto Nacional de Folklore. Fue colaborador de numerosos periódicos y revistas en Venezuela e Hispanoamérica. Como folklorista desarrolló una labor de incalculable valor, tanto en el rescate de materiales como en los estudios sobre ese tema.*

Pascuala Corona, *es el seudónimo de Teresa Castelló, de Yturbide, recopiladora de cuentos mexicanos desde la época prehispánica hasta el presente. Sus infor-*

mantes principales fueron las nanas, esas grandes contadoras, y entre ellas, la suya propia, que se llamaba Pascuala Corona.

Teresa Castelló nació en Marzo, el día en que empieza la primavera, lo que, según ella misma, significa "que aunque muchas veces te corten como a un árbol, vuelves a reverdecer, vuelves a vivir".

A los 70 años tenía un libro en imprenta sobre la comida prehispánica y otros tres por terminar.

***Pilar Almoina de Carrera**, es profesora de literatura hispanoamericana e investigadora especializada en literatura oral. Por muchos años ha desarrollado una labor de recolección y análisis de materiales de literatura tradicional popular y ha publicado numerosos artículos sobre temas folklóricos. Desde 1983, es profesora del Postgrado en Letras de la U.C.V.*

*Es autora de varios libros, entre ellos: **Este Era una Vez** (Caracas Inciba, 1969), **El Camino de Tío Conejo** (Caracas, Ministerio de Educación, 1970), **Había una vez Veintiséis Cuentos** (Caracas, Ediciones Ekaré, 1985)*

***Rafael Rivero Oramas**, es una de las figuras más destacadas en la literatura infantil venezolana. Su actividad en este campo comenzó en 1926, con la fundación de tres revistas infantiles: **El Fakir**, **Cuas Cuas** y **Caricatura**. En 1938 fundó la revista **Onza, Tigre y León**, la mejor revista para niños que haya existido en el país, y en 1949 la revista **Tricolor**, que dirigió hasta 1967.*

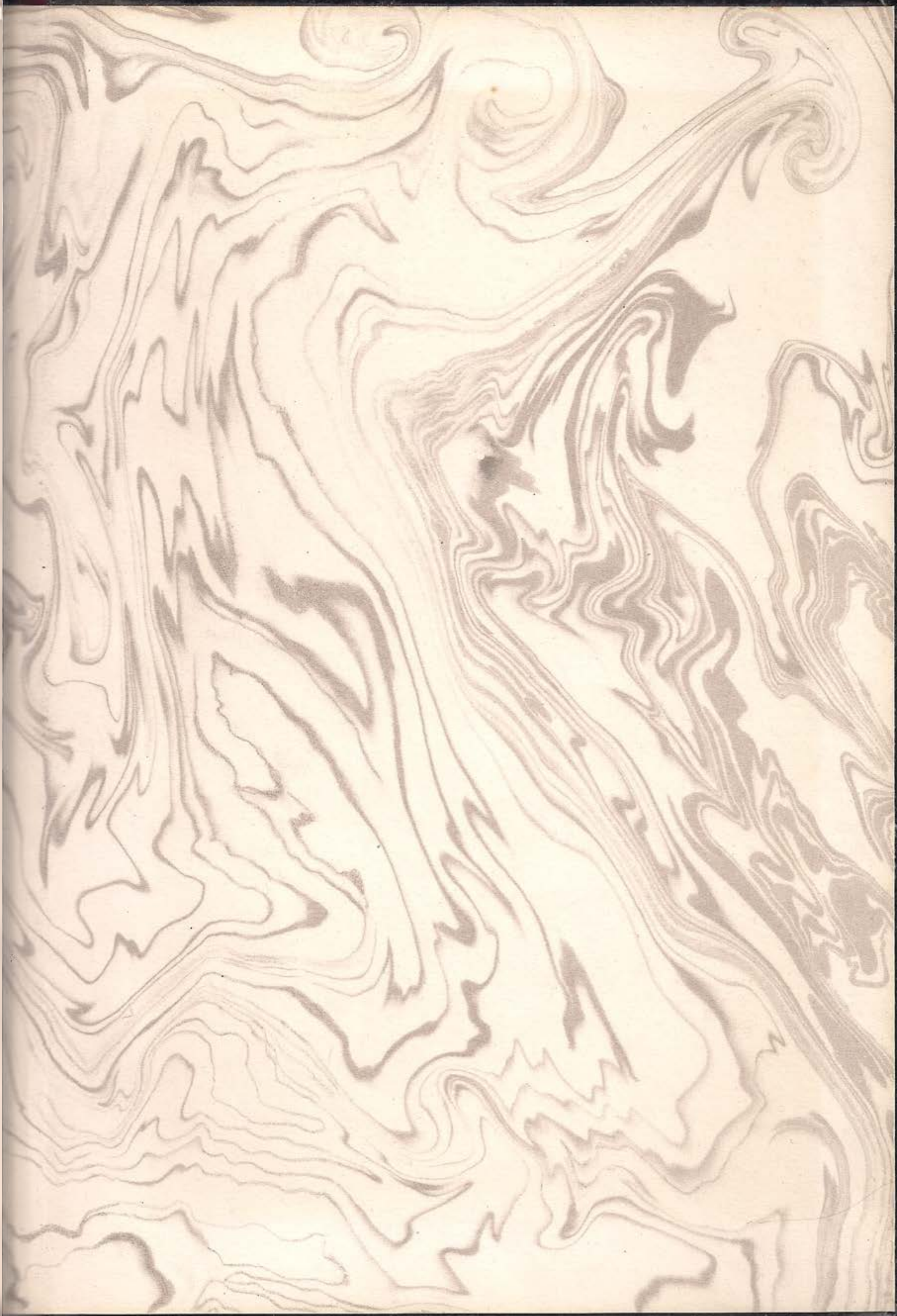
*Desde 1931 hasta 1962 dirigió y escribió un programa de radio: **Las Aventuras del Tío Nicolás**, en el cual narraba cuentos y leyendas, y que lo hizo famoso por toda Venezuela.*

*En 1965 publicó **La Danta Blanca**, la primera novela venezolana de aventuras para niños y en 1973 **El mundo de Tío Conejo**, una de las más acertadas recopilaciones de los cuentos de este personaje.*

***Margot Silva Pérez**, nació en Barcelona junto con el siglo y murió en Caracas en 1983. Fue una mujer dulce, generosa, que contaba hermosos cuentos a los niños con una voz susurrada. Pero Margot fue también una mujer valiente, pionera del movimiento femenino y luchadora tenaz por la democracia en Venezuela: acompañó a los estudiantes presos en el año 28 en la marcha hacia Guatire; fue detenida por la policía gomecista en La Guaira cuando venía cargada de propaganda contra el dictador; fue exiliada a Trinidad y regresó a la muerte de Gómez para participar en ORVE (Organización Venezolana) en 1936 y luego en la Asociación Cultural Femenina que luchó por el derecho a voto de la mujer venezolana.*

Impreso en Caracas por Editorial ExLibris, 1991





Colección Zaranda

Había una vez ...
veintiséis cuentos

El Mundo
de Tío Conejo

Once Cuentos
Maravillosos

El Libro
de Oro
de los Niños